MAUPASSANT

INUTIL BELLEZA

PQ2349
158

1020026646

1020026046

INÚTIL BELLEZA

Núm. Clas. W
M452i
Núm. Autor
Núm. Adq. 30500
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

OBRAS

DE

GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
El buen mozo	2
La señorita Perla	1
La criada de la granja	1
Berta	1
Bajo el sol de Africa	1
El testamento	1
La loca	1
El abandonado	1
Miss Harriet	1
Inútil belleza	1
El suicidio del cura	1

GUY DE MAUPASSANT

INÚTIL BELLEZA

Traducción de AUGUSTO RIERA

CAPILLA ALFONSINA
UANL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
85914

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

30500

813
M.
PQ2349
I58

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

INÚTIL BELLEZA

Inútil belleza

I

Una victoria muy elegante, tirada por un soberbio tronco de caballos negros, esperaba junto á la escalinata del palacete. Eran las cinco y media de una tarde de Junio y por encima de las paredes que formaban el patio, el cielo aparecía resplandeciente de claridad, de calor y alegría.

La condesa de Mascaret, apareció en el preciso momento en que su marido entraba por la puerta cochera. Se detuvo unos instantes para mirar á su esposa y palideció ligeramente. Era muy bella, esbelta, distinguida; tenía el rostro oval, la tez trigueña, los ojos azules y el pelo negro. Subió al coche sin mirar á su esposo, como si ni siquiera le hubiese visto, andando con tal gracia y donaire, que los infa-

mes celos que sentía desde antiguo, mordieron de nuevo su corazón.

Se acercó al coche y dijo, saludando:

—¿Vas de paseo?

La condesa pronunció estas dos palabras con sonrisa desdeñosa:

—Así parece.

—¿Al bosque?

—Es probable.

—¿Me será permitido acompañarte?

—El coche es tuyo.

Sin asombrarse del tono en que le contestaba, se sentó al lado de su esposa y ordenó:

—Al Bosque.

El lacayo subió al pescante y los caballos piafaron y movieron la cabeza hasta que hubieron salido de la calle.

Los esposos no hablaban. El procuraba encontrar un asunto de conversación, pero ella tenía una expresión tan dura, que no se atrevía.

Por fin deslizó su mano como al descuido hacia la mano enguantada de la condesa y la tocó como quien no hace la cosa: pero el ademán que hizo ella al retirarla fué tan vivo y tan lleno de repugnancia, que quedó cortado, á pesar de sus hábitos de autoridad y despotismo.

Entonces murmuró:

—¡Gabriela!

Esta replicó, sin volver la cabeza:

—¿Qué quieres?

—Estás hoy muy guapa.

No contestó nada y conservó su aspecto de reina irritada.

Estaban ahora en los Campos Elíseos; subían hacia el Arco de Triunfo de la Estrella. El inmenso monumento, al final de la avenida, abría su arco colosal sobre el fondo rojo del cielo. El sol parecía bajar hacia él, sembrando por el horizonte una polvareda de fuego.

Y el río de coches salpicado de reflejos, que producían los arneses, los cristales y los faroles, dejaba fluir su doble corriente hacia el Bosque y hacia la ciudad.

El conde de Mascaret insistió:

—¡Querida Gabriela!

Entonces ella exasperada, exclamó con furia:

—Déjame en paz, te lo ruego. Ahora ya no tengo ni siquiera la libertad de estar sola en mi coche.

El fingió no haber oído y prosiguió:

—Nunca has sido tan linda como hoy.

Colérica y sin poder contenerse, contestó la condesa:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Haces mal en notarlo, porque te juro que no volveré á ser tuya.

Quedó su esposo asombrado; pero su costumbre de mando se sobrepuso y preguntó: «¿Qué quiere decir esto?» de un modo que antes revelaba un dueño brutal que un amante apasionado.

Ella repitió en voz baja, aun cuando los cocheros no podían oirla:

—¡Ah! ¿Que qué quiere decir eso? ¿Quieres saberlo?

—Sí.

—¿Quieres que lo diga todo?

—Sí.

—¿Todo lo que me oprime el corazón desde que soy la víctima de tu feroz egoismo?

El, colorado de asombro y cólera, gruñó entre dientes:

—¡Sí, dí!

Era un hombre de alta estatura, de anchos hombros, de gran barba rubia, un buen mozo, un hidalgo, un hombre de mundo que pasaba por buen marido y padre excelente.

Por primera vez desde que salieron del palacete, la condesa se volvió y le miró cara á cara:

—Vas á oir cosas desagradables; pero sabe que

estoy dispuesta á todo, que lo desafiaré todo, que no temo nada y á ti menos que nadie ahora.

El también la miraba encolerizado. Murmuró:

—¡Estás loca!

—No, pero no quiero continuar siendo víctima del odioso suplicio de maternidad que me impones desde hace once años. Quiero vivir como una mujer de mundo, como tengo derecho, como todas las mujeres tienen derecho á ello.

Su marido se puso pálido y murmuró:

—No comprendo.

—Sí, vaya si comprendes. Hace ahora tres meses que he parido mi último hijo, y como aun soy muy bella y, á pesar de tus esfuerzos, casi indeformable, como acabas de reconocerlo al verme bajar la escalinata, piensas que ya es hora de que vuelva á quedar encinta.

—Desvarías.

—No. Tengo treinta años y siete hijos y estamos casados hace once años. Esperas que esto durará diez años más y entonces dejarás de estar celoso.

El conde le cogió el brazo y dijo apretándoselo:

—No te permito que me hables así.

—Y yo hablaré hasta el fin y diré cuanto quiero decirte; y si no me dejas, gritaré para que me oi-

gan los cocheros. Sólo te he dejado subir con tal objeto, porque así tengo dos testigos que te obligarán á oir y á contenerte. Escúchame. Siempre me has sido antipático y no te lo he ocultado, porque no miento nunca. Te has casado conmigo á pesar mío; has obligado á mis padres á que me entregaran á ti porque estaban pobres y tú eras muy rico. Me han obligado á ello, haciéndome llorar.

Me has comprado, pues, y desde que me tuviste en tu poder, desde que empecé á ser una compañera dispuesta á quererte, á olvidar tus procedimientos de intimidación para acordarme de que debía ser una esposa cariñosa y amante cuanto me fuera posible, te volviste celoso como ningún hombre lo ha sido jamás, con unos celos de espía, bajos, innobles, degradantes para ti é insultantes para mí. Aun no hacía ocho meses que estaba casada y ya me creías capaz de todas las atrocidades. No sólo lo pensabas sino que me lo indicabas casi. ¡Qué vergüenza! Y como no podías impedir que fuera guapa, y de que en salones y diarios dijesen era una de las mujeres más lindas de París, has pensado de qué modo alejarías de mí las galanterías y has tenido la idea de hacerme pasar la vida en una perpetua preñez hasta que diese asco á los hombres. No

lo niegues. Tardé en comprenderlo, pero lo comprendí. Hasta te has alabado de ello á tu hermana, que me quiere y á quien ha indignado tu conducta.

Recuerda nuestra vida; tu modo de hundir las puertas, de hacer saltar las cerraduras. Desde hace once años no soy más que una mujer encargada de tener hijos. Luego, una vez preñada, también te daba asco y pasaba meses sin verte. Me enviabas á la campiña, á una quinta para que pariese con desahogo. Y cuando volvía, fresca y bella, indestructible, siempre seductora y rodeada de elogios, volvías á perseguirme con el infame deseo que ahora mismo sientes. No es el deseo de poseerme—en tal caso no me negaría á tus caricias,—es el deseo de deformarme.

Después ha ocurrido algo que he tardado en advertir, pero que por fin advertí; has amado á tus hijos por la seguridad que te han dado mientras los llevaba en el seno. Has convertido en amor hacia ellos el odio que sentías por mí, pues ellos calmaban tus temores al deformarme el talle.

¡Cuántas veces he adivinado esta alegría en ti, cuántas la he leído en tus ojos! Amas á tus hijos como victorias, no como sangre tuya. Son victorias alcanzadas sobre mi belleza y juventud, sobre los

elogios que se me dirigían y sobre los que se cuchicheaba en torno mío. Y ahora les amas y sientes gusto en pasearlos por el bosque de Boulogne, por los prados de Montmorency. Les llevas al teatro por la tarde para que te vean con ellos y digan y repitan: «¡Qué buen padre!»

El le había cogido la muñeca con violencia terrible y se la apretaba con tanta fuerza, que ella tuvo que contenerse para no lanzar un grito.

Su marido le dijo en voz baja:

—Amo á mis hijos ¿oyes? Lo que acabas de decir es vergonzoso para una madre. Pero eres mía. Soy el dueño... tu dueño... puedo exigir de ti lo que quiera... cuando quiera... la ley... está de mi parte.

Trataba de aplastarle los dedos en la presión de tenaza de su fuerte mano musculosa. Ella, lívida de dolor, procuraba quitar la mano de aquellas tenazas y se le saltaban las lágrimas.

—Bien ves que soy el amo, y el más fuerte de los dos—dijo.

Había aflojado su presión. Ella añadió:

—¿Me crees devota?

Su marido balbuceó con sorpresa:

—Sí.

—¿Piensas que creo en Dios?

—Sí.

—¿Que puedo mentir haciendo un juramento ante un altar donde está encerrado el copón?

—No.

—¿Quieres acompañarme á un templo?

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

—Bien, vamos.

La condesa llamó:

—¡Felipe!

El cochero, sin dejar de mirar adelante, se volvió á medias.

—Id á la iglesia de San Felipe du Roule.

Y el coche, que llegaba á la puerta del bosque, volvió hacia París.

Marido y mujer no cambiaron una sola palabra durante el trayecto. Cuando el coche se detuvo ante el templo, la condesa de Mascaret entró seguida de su esposo.

Fué, sin detenerse, hasta la verja del presbiterio, cayó de rodillas y se ocultó el rostro entre las manos. Rezó mucho rato y el conde advirtió que lloraba. Lloraba sin ruido, como se llora cuando es muy vivo el dolor. Apenas si los sollozos, ahoga-

dos entre sus dedos, hacían sobresaltar levemente su cuerpo.

Pero el conde de Mascaret juzgó que la situación se prolongaba demasiado y la tocó en la espalda.

Aquel contacto la despertó como una quemadura. Irguiéndose, le miró frente á frente.

—He aquí lo que quiero decirte. No temo nada; haz lo que quieras. Mátame si te place. Uno de mis hijos no es tuyo. Lo juro ante el Dios que aquí me oye. Era la única venganza que podía tomar de ti, de tu abominable tiranía de macho, contra ese perpetuo trabajo de concepción y parto que te placía imponerme. ¿Quién fué mi amante? No te lo diré jamás. Sospecha de todos; pero no lo sabrás. Me he entregado á él sin amor y sin placer, sólo para engañarte. También él me ha hecho madre. ¿Cuál es su hijo? No lo sabrás nunca. Tengo siete; adivina. Pensaba decírtelo dentro de algún tiempo porque no se venga una de un hombre engañándole, si no se lo hace saber. Pero tú me obligas á confesártelo hoy. He acabado.

Huyó á través del templo hacia la puerta quedaba á la calle, pensando oir detrás de sí el paso rápido del esposo ultrajado y provocado. Ya sentía un formidable puñetazo, que la derribaba al suelo.

Pero no oyó nada y llegó al coche. Subió á él de un salto, temblorosa de angustia y miedo y gritó al cochero:

—¡A casa!

Los caballos arrancaron al trote largo.

II

La condesa de Mascaret, encerrada en su habitación, esperaba la hora de la comida como un condenado á muerte aguarda la hora de la ejecución. ¿Qué haría el conde? ¿Había vuelto? Déspota, vehemente, dispuesto á todas las violencias, ¿qué había preparado, qué resuelto? En el palacio no se oía ningún ruido; corrían las agujas del reloj. La camarera había entrado para la *toilette* de la noche, luego salió.

Dieron las ocho y poco después dos golpes á la puerta:

—Adelante.

Apareció el mayordomo.

—La señora condesa está servida.

—¿Está el conde?

—Sí, señora; el señor conde está en el comedor.

Pensó en armarse con un revólver de pequeño calibre que comprara unos meses atrás en previsión de lo que pudiera ocurrir. Pero pensó que sus hijos estarían allí y sólo tomó un pomo de sales.

Cuando entró en el comedor, su marido, de pie junto á su silla, esperaba. Cambiaron un ligero saludo y se sentaron, haciendo luego lo propio los niños. Los tres hijos, con su oyo, el cura Marín, estaban á la derecha de la condesa; las tres niñas, con la institutriz inglesa, miss Smith, á la izquierda. El niño de pecho estaba en su cuarto con la nodriza.

Las tres niñas, todas rubias, la mayor de diez años, con vestidos azules guarnecidos de encajes blancos, parecían lindas muñecas. La menor no había cumplido aún tres años, y todas, ya lindas, prometían ser bellas como su madre.

Los tres niños, dos castaños, y el mayor, de nueve años, con el pelo ya negro, parecían muy vigorosos y eran altos y robustos. La familia entera parecía de la misma sangre sana y vivaz.

El sacerdote pronunció las palabras de bendición habituales, porque cuando había invitados los niños no se sentaban á la mesa. Empezó la comida.

La condesa, emocionada, tenía bajos los ojos mientras el conde examinaba con mirada incierta á los niños y á las niñas, como con turbación. De pronto, apartando la copa, la rompió y el vino aguado se derramó por los manteles. Al oir el ligero ruido que aquello produjo, la condesa levantó la vista y casi se puso en pie sobresaltada. Por primera vez se miraron. Entonces, á pesar de la emoción que sentían contra su voluntad, cada vez que se encontraban sus miradas, las cruzaron á menudo como las hojas de dos espadas.

El sacerdote, viendo que algún incidente había ocurrido, trató de provocar una conversación. Buscaba asuntos; pero ninguno cuajaba.

La condesa, por tacto femenino, obedeciendo á sus instintos de mujer de mundo, trató dos ó tres veces de contestarle; pero en vano. No hallaba palabras en su trastorno; y su misma voz casi le infundía miedo en la gran sala silenciosa, donde sólo se oía el tintineo de las copas y de los cubiertos.

De pronto, su marido, avanzando el busto, le dijo:

—En este sitio, entre tus hijos, ¿me juras que fué verdad lo que me dijiste hace poco?

El odio que fermentaba en sus venas la levantó

de súbito, y contestando á esta pregunta con igual energía que contestaba á su mirada, señalando con una mano á sus hijos y con la otra á sus hijas, dijo con acento firme y resuelto:

—Juro que te he dicho la verdad.

El se levantó y arrojando con rabia la servilleta y tirando la silla, salió sin decir una palabra más.

Ella, entonces, lanzando un hondo suspiro, como después de una primera victoria, dijo con voz más cariñosa y tranquilo acento:

—No hagáis caso de lo que ha hecho papá. Acaba de sentir un profundo pesar y aun está muy triste; pero dentro de unos días ya estará más consolado.

Y luego habló con el ayo y con la institutriz y tuvo para los niños esos mimos y caricias y atenciones que tanto agradecen los pequeñuelos.

Cuando hubo terminado la comida, pasó al salón con todos sus hijos. Hizo charlar á los mayorcitos, contó cuentos á los menores, y cuando llegó la hora de acostarse les besó y luego fué sola á su habitación. Apartada ya de sus hijos, se decidió á defender su existencia como había defendido su vida de mujer de sociedad, y ocultó en el bolsillo del vestido el revólver que comprara.

Pasaban las horas, cesaba todo ruido y únicamente se oía, á través de las paredes, el rodar continuo y lejano de los coches.

Esperaba, enérgica y nerviosa, sin miedo ya, dispuesta á todo y casi triunfante, pues sabía que el conde padecería un tormento continuo.

Pero la claridad del alba entró en su habitación sin que su marido apareciera. Entonces comprendió, estupefacta, que no vendría. Cerró la puerta con llave, pasó el cerrojo y se echó en la cama, donde permaneció con los ojos abiertos, meditando, no comprendiendo ni adivinando lo que el conde haría.

Su camarera, al entrarle el té, le entregó una carta. Su esposo le anunciaba que emprendía un largo viaje y añadía en una posdata que su notario le entregaría el dinero necesario para todos sus gastos.

III

Se representaba el *Roberto el Diablo* en la Opera. En la platea los hombres aprovechaban el entreacto para ponerse en pie, cubiertos, con el chaleco abierto que mostraba la pechera blanca donde brillaban los diamantes y el oro de las botonaduras, y miraban á las mujeres, descotadas, cargadas de joyas, más hermosas que nunca en aquella atmosfera tibia y perfumada, donde las caras y las gargantas parecían ofrecerse á las miradas, entre la música y el canto.

Dos amigos, de espaldas al escenario, miraban, hablando, aquellas galerías llenas de mujeres, aquella exposición de gracia verdadera ó falsa, de joyas, de lujo y de presunción que se extendía en círculo por la gran sala de espectáculos.

Uno de ellos, Roger de Salíns, dijo á su compañero, Bernardo Grandín:

—Mira qué guapa está aún la condesa de Mascaret.

El otro miró á su vez hacia un palco principal donde había una mujer alta, que aun parecía joven, y cuya esplendorosa belleza atraía las miradas de todos. Su tez pálida, con reflejos de marfil le daba un aspecto de estatua, mientras en su pelo negro como la noche, una fina diadema semicircular de diamantes brillaba como una vía láctea.

Cuando la hubo mirado un rato, Grandín contestó con acento de convicción sincera:

—¡Ya lo creo que es guapa!

—¿Qué edad debe tener ahora?

—Espera. Lo sé. La conozco desde niña. La vi cuando empezó á frecuentar la sociedad de soltera. Tiene... tiene treinta... treinta y seis años.

—No es posible.

—Estoy seguro.

—Pues aparenta veinticinco.

—Y ha tenido siete hijos.

—Es increible.

Los siete viven y es muy buena madre. Voy á veces á su casa. Ha sabido realizar el fenómeno de ser buena madre y mujer de sociedad.

—¡Es raro! ¿Y jamás se ha murmurado de ella?

—Jamás.

—Pero su marido... Es raro ¿verdad?

—Sí y no. Quizá existe entre ellos un drama, uno de esos dramas de matrimonio que se sospechan, que jamás se saben de cierto, pero que casi se adivinan.

—¿Qué es?

—No sé. Mascaret es ahora un calaverón después de haber sido un perfecto esposo. Mientras fué buen marido tenía mal carácter, era receloso. Ahora, desde que se divierte, parece indiferente; pero diríase que tiene una pena que le roe; envejece mucho.

Entonces ambos amigos filosofaron un rato acerca de los pesares secretos y vivos que la desemejanza de caracteres ó quizá antipatías físicas, inadvertidas al principio, pueden hacer nacer en el seno de as familias.

Salins, que continuaba mirando con los gemelos á la condesa, añadió:

—Parece imposible que esta mujer haya tenido siete hijos.

—Sí, en once años. Después terminó á los treinta años su período de producción para entrar en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

brillante período de representación, que promete durar mucho tiempo todavía.

—¡Pobres mujeres!

—¿Por qué las compadeces?

—¿Por qué? ¡Hombre! Imagina lo que deben ser once años de preñez para una mujer como ésta. ¡Qué suplicio! Es toda la juventud, toda la belleza, toda la esperanza de triunfos mundanos, todo un ideal de vida brillante que se sacrifica á esa abominable ley de reproducción, que convierte á la mujer normal en una máquina de parir seres.

—¿Qué hacerle? ¡Cosas de la naturaleza!

—Sí; pero yo te digo que la naturaleza es nuestra enemiga, que hay que luchar contra ella, porque siempre nos vuelve hacia la animalidad. Todo lo limpio, lindo y elegante que existe en el mundo, no es obra de Dios sino del cerebro humano. Nosotros somos los que hemos puesto en la creación, cantándola, interpretándola á fuer de poetas, explicándola por boca de los sabios, algo de gracia, de belleza, de encanto desconocido y de misterio. Dios sólo ha creado seres groseros, henchidos de gérmenes de enfermedades, que, después de algunos años de florecencia bestial, envejecen, con todos los achaques, fealdades é impotencias de la decrepitud humana. Sólo los ha creado, á lo que se ve, para reproducirse suciamente y para morir después lo mismo que los insectos efímeros de las noches de estío. He dicho «para reproducirse suciamente» y me afirmo en ello. ¿Hay algo, en efecto, más innoble, repugnante y asqueroso que ese acto ridículo y sucio de la reproducción, contra el cual se rebelan todas las almas delicadas? Ya que todos los órganos creados por ese inventor económico y malévolo sirven para dos fines ¿por qué no ha escogido otros que no fuesen tan sucios y hediondos para confiarles el cometido más noble de todas las funciones humanas?

La boca, que nutre el cuerpo, esparce el verbo y el pensamiento. La carne se restaura por ella y por ella vuelan las ideas. El olfato, que da á los pulmones el aire vital, da al cerebro todos los perfumes del mundo: el olor de las flores, de los bosques, de los árboles, del mar. El oído, que nos hace comunicar con nuestros semejantes, nos ha permitido ambién inventar la música, que engendra las ilusiones más puras, los ensueños. Pero diríase que el Creador, socarrón y cínico, ha querido prohibir al hombre ennoblecer y embellecer sus relaciones con la mujer. El hombre, sin embargo, ha inventado el amor, lo cual es una buena réplica al Dios burlón, y

lo ha idealizado de tal modo, que la mujer olvida á veces á qué contactos ha de sucumbir. Los que, entre nosotros son impotentes para engañarse exaltándose, inventaron el vicio y complicaron el libertinaje lo cual es un modo de engañar á Dios y de rendir homenaje—un tanto impúdico—á la belleza.

Pero el ser normal hace hijos como una bestia cualquiera.

Mira esta mujer. ¿No es abominable pensar que esta joya, que esta perla, nacida para ser adorada, admirada, pasó once años en dar hijos al conde de Mascaret?

Grandin contestó riendo:

—Dices bien; pero pocos te comprenderían.

Salins se animaba.

—¿Sabes cómo concibo á Dios?—dijo.—Como un monstruoso órgano creador, desconocido para nosotros, que siembra por el espacio millares de mundos, bien así como un pez único pondría huevos en el mar. Crea porque tal es su función de Dios; pero ignora lo que hace, estúpidamente prolijo, inconveniente de las combinaciones de toda especie producidas por sus gérmenes desperdigados. El pensamiento humano es un accidente feliz de las casualidades de sus fecundaciones, un accidente local, pasajero, imprevisto, que desaparecerá con la Tierra, para volver á surgir acaso en otro punto, igual ó diferente, con las nuevas combinaciones de las creaciones nuevas. A este accidente le debemos el estar muy mal en un mundo que no estaba creado para albergar y nutrir seres pensantes, y á él le debemos asimismo el tener que luchar de continuo, cuando somos civilizados, contra lo que aun se llama designios de la Providencia.

Grandín, que le escuchaba con atención, porque sabía las sorpresas de su fantasía, le preguntó:

—¿De manera que crees que el pensamiento humano es un producto espontáneo de los partos divinos?

—¡Ya lo creo! Una función fortuita de los centros nerviosos de nuestro cerebro, parecida á las acciones químicas imprevistas productos de nuevas mezclas, parecida también á una producción de electricidad creada por frotamientos ó vecindades inesperadas, en una palabra, de igual especie que todos los fenómenos engendrados por las fermentaciones infinitas y fecundas de la materia que vive.

Todo el que mira en torno suyo advierte las pruebas de ello. Si el pensamiento humano, dispuesto por un creador consciente, hubiese debido

ser lo que es en realidad, tan distinto del pensamiento y de la resignación de los animales, exigente, tenaz, inquiridor, ¿acaso el mundo creado para nosotros hubiese sido ese parquecito poco cómodo, lleno de animaluchos, esa huerta silvestre, roqueña y esférica, donde vuestra Providencia imprevisora quería que viviésemos desnudos, en grutas ó en los árboles, comiendo la carne de los animales asesinados ó legumbres crudas, crecidas por la acción del sol y de las lluvias?

Basta reflexionar un momento para comprender que el mundo no está hecho para que lo habiten seres como nosotros. El pensamiento, nacido y desarrollado por un milagro nervioso de las células de nuestra cabeza, ignorante y confuso como es y será, hace de los intelectuales unos miserables y eternos desterrados.

Contempla esta tierra tal como la ha dado Dios á los que la habitan. ¿No es evidente que está dispuesta para animales? ¿Qué hay para nosotros? Nada. Para ellos, todo: cavernas, árboles, hojas, manantiales, la cama, los alimentos, la bebida. A esto se debe que hombres refinados como yo están siempre molestos. Sólo los que más se parecen al bruto viven contentos y satisfechos. Pero los otros,

los poetas, los delicados, los inquiridores, los inquietos!... ¡Ah, pobres gentes!

Yo como coles y zanahorias, cebollas, nabos, rábanos porque he tenido que acostumbrarme á ello puesto que no hay otra cosa, pero confiesa que es comida de cabras y conejos, como la hierba y el trébol son alimento para caballos y vacas. Cuando miro las espigas maduras, veo que ese grano ha germinado y crecido para los gorriones y alondras, pero no para mi boca. Al comer pan, robo á los pájaros, como robo á la comadreja y al zorro comiendo gallinas. ¿La codorniz, la paloma y las perdices no son la presa natural del milano; el carnero, el cabrito y la ternera la presa de los grandes carnívoros antes que carnes cebadas para sernos servidas asadas con trufas, desenterradas expresamente para nosotros por unos cerdos?

Pero los animales sólo han de pensar en vivir. Están en su casa, alojados y alimentados, y con pastar ó cazar ó comerse unos á otros—porque Dios no ha previsto la dulzura ni los instintos pacíficos—están al cabo de la calle.

Pero á nosotros ¡ah! ¡Cuánto hemos tenido que trabajar é imaginar y luchar y desesperar para hacer casi habitable este suelo cuajado de raíces y de

piedras! Piensa en lo que hemos hecho á pesar de la naturaleza y contra ella, para instalarnos de un modo mediano, poco confortable, no muy limpio, por ningún concepto digno de nosotros.

Y cuanto más civilizados, inteligentes y refinados somos, más debemos dominarnos y domar el instinto animal que representa en nosotros la voluntad de Dios.

Piensa que nos ha sido necesario inventar la civilización que abraza tantas cosas, tantas, tantas y tan distintas, desde los calcetines al teléfono. Piensa en lo que ves todos los días, en cuanto sirve para nuestro uso.

Para mejorar nuestra suerte de animales hemos descubierto y fabricado todo, empezando por las casas, los buenos guisos, los dulces, las bebidas, las ropas, los trajes, los coches, las camas, los colchones de muelles, las vías férreas; y además hemos encontrado las ciencias y artes, la escritura y los versos. Sí, las artes son obra nuestra. Todo lo ideal es hijo nuestro y también la coquetería de la vida y los adornos de las mujeres y el talento de los hombres, que han acabado por hacer más agradable y menos dura la existencia de simples reproductores á que la Providencia nos había destinado.

Mira este teatro. ¿No es esto un mundo creado exclusivamente por nosotros sin auxilio del Destino, comprensible tan sólo para nuestra mente, una distracción inventada únicamente para y por la bestezuela que se llama hombre y que nunca está satisfecha y siempre inquieta?

Mira á la señora Mascaret. Dios la había criado para vivir desnuda en una gruta ó envuelta en pieles. ¿No está mejor así? Y, á propósito, ¿se sabe por qué el bárbaro de su marido, teniendo tan linda compañera y, además, habiendo sido bastante bruto para hacerla madre siete veces, la abandona por unas pindongas?

Grandín contestó:

—¡Ah, querido! Quizá ahí esté la causa. Acaso ha visto que le costaba harto caro dormir siempre en su casa. Ha llegado por economía doméstica á los mismos principios que tú sientas en filosofía.

Llamaban para el tercer acto. Los dos amigos se volvieron, se descubrieron y se sentaron.

IV

En el coche que les llevaba á su casa después de la representación de la Opera, el conde y la condesa de Mascaret, sentados uno junto á otro, no hablaban. Pero de pronto el marido dijo:

—¡Gabriela!

—¿Qué quieres?

—¿No te parece que eso ha durado ya de sobra?

—¿Qué?

—El abominable suplicio á qué me condenas hace seis años.

—¡Qué hacerle! No lo puedo evitar.

—¿Quieres decirme al cabo cuál es?

—Nunca.

—Piensa que no puedo ver á mis hijos, tenerlos en torno mío sin que esa duda me atormente. Dime

cuál es y te juro que perdonaré, que le trataré como á los otros.

—No tengo derecho á hacerlo.

—¿No ves que no puedo soportar más esta vida? ¿Que sin cesar la pregunta odiosa se formula en mi mente? ¿Que me desespero cada vez que les miro? No puedo mas; enloqueceré.

—¿De modo que has sufrido mucho?

—Atrozmente. ¿Cómo, si no, hubiera aceptado el horror de vivir cerca de ti y el horror, más tremendo todavía de saber que entre ellos hay uno, que no conozco, que me impide amar á los otros?

Ella repitió:

—¿De modo que has sufrido mucho?

El contestó con acento contenido y doloroso:

—Te repito que cada día es un nuevo suplicio para mí. A no ser por esto ¿hubiese vuelto, hubiese habitado en esta casa, cerca de ti y de ellos, si no les amara? ¡Ah! Te has portado conmigo de un modo abominable. Quiero á mis hijos con toda el alma, bien lo sabes. Soy para ellos un padre del tiempo antiguo, como fuí para ti un marido enamorado, porque soy un hombre sano, robusto, como la naturaleza los cría. Te confieso que sentía unos celos horribles, porque tú eres una mujer de otra raza,

de instintos diferentes, de otras tendencias. ¡Ah! No olvidaré nunca lo que me dijiste. Pero desde aquel día no pensé en ti. No te maté porque así hubiese aniquilado el único medio de descubrir cuál de mis... de tus hijos no era mío. He esperado, he padecido más de lo que puedes imaginar, pues no me atrevo á amarlos, excepto á los dos mayores; no puedo llamarlos, besarlos, sentármelos en las rodillas sin pensar: «¿Será éste?» He sido considerado y complaciente contigo durante estos seis años. Dime la verdad y te juro que no cometeré ninguna violencia.

En la sombra del coche, creyó adivinar que la condesa estaba conmovida y añadió, comprendiendo que iba á hablar:

—Te lo ruego, te lo suplico...

Ella murmuró:

—Quizá he sido más culpable de lo que crees; pero no podía, no podía soportar aquella vida horrible de preñez continua. No tenía más que un medio de arrojarte de mi cama. Mentí ante Dios y mentí con la mano levantada sobre las cabezas de mis hijos, porque no te he faltado jamás.

El le cogió el brazo y apretándoselo como aquella tarde tremenda del paseo por el Bosque, balbuceó:

—¿Es verdad?

—Verdad.

Pero, angustiado, el conde gimió:

—¡Ah! Voy á caer en nuevas dudas que no acabarán jamás. ¿Qué día mentiste, entonces ó ahora? ¿Cómo creerte? ¿Cómo creer á una mujer después de lo que has hecho? Jamás sabré á qué atenerme. Mejor quisiera que hubieses dicho: «Es Juana, es Jaime.»

El coche penetraba en el patio del palacio. Cuando se detuvo, el conde saltó el primero y ofreció, como de costumbre, el brazo á su mujer para subir la escalera.

En cuanto llegaron arriba:

—¿Quieres que hablemos un rato?

Su esposa contestó:

—Sí.

Entraron en un saloncito, del cual un criado, un tanto sorprendido, encendió las bujías.

Cuando estuvieron solos, dijo el conde:

—¿Cómo saber la verdad? Mil veces te he suplicado que hablaras, y permaneciste muda, inflexible, y he ahí que ahora me dices que mentiste. Durante seis años me has dejado creer tal abominación. No. Hoy es cuando mientes; no sé por qué, quizá por lástima.

Ella contestó con convicción sincera:

—Si no te lo hubiese dicho, habría tenido cuatro hijos más en esos seis años.

El conde exclamó:

—¿Y una madre habla así?

—¡Ah!—replicó la condesa—no me siento madre de los que no han nacido; me basta con serlo de los hijos que tengo y amarlos de todo corazón. Soy mujer de una sociedad civilizada, amigo mío; no soy, no quiero ser ya una hembra que repuebla el mundo.

Se levantó al decir estas palabras; pero él la cogió las manos.

—Una palabra sola, Gabriela. ¿Has dicho verdad?

—Acabo de decirla; no te he engañado jamás.

Su marido la miraba cara á cara y la veía bella, con sus ojos como cielos helados. En su cabellera obscura lucía la fina diadema diamantina como una vía láctea. Entonces, por una especie de intuición, comprendió que aquella mujer no sólo servía para perpetuar la raza sino que era un compuesto raro y misterioso de todos nuestros deseos complicados, reunidos en nosotros por el trabajo de siglos enteros, desviados de su objetivo primordial y divino

errando hacia una belleza mística, entrevista y jamás lograda. Algunas hay así que florecen tan sólo para nuestros ensueños, embellecidas por cuanto la civilización ha puesto de ideal y prestigioso en torno de la mujer, esa estatua de carne que aviva, así las fiebres sensuales como los inmateriales deliquios.

El esposo permanecía ante ella, absorto de aquel tardío descubrimiento, advirtiendo de un modo confuso la causa de sus antiguos celos, y sin comprender claramente lo que le pasaba.

Dijo por fin:

—Te creo. Siento que no mientes ahora; y antes, en efecto, siempre me pareció que mentías.

Ella le tendió la mano:

—Entonces ¿somos amigos?

Tomó la mano, la besó y dijo:

—Sí, somos amigos. Gracias, Gabriela.

Luego salió, mirándola, maravillado de que fuese aun tan bella y sintiendo que nacía en su pecho una emoción extraña, más poderosa quizá que su antiguo amor.

LA BROMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30500

LA BROMA

MEMORIAS DE UN BROMISTA

Vivimos en un siglo en que los bromistas tienen aspecto de enterradores y se llaman: políticos. Ya no se hace broma, buena broma, esa broma alegre y sencilla del tiempo de nuestros padres. Y, sin embargo, ¿hay algo más divertido y gracioso que la broma? ¿Hay algo tan distraído como burlarse de las almas crédulas, reirse á costa de los necios, engañar á los más listos y hacer caer en la trampa á los más astutos, en una trampa inofensiva y cómica? ¿Hay algo más delicioso que burlarse con ingenio de la gente logrando que ella misma se ría de su candidez, ó bien, si se enfada, vengarse jugándole una nueva broma?

¡Cuántas, cuántas bromas he hecho en mi vida!

Y también he soportado algunas muy graciosas. Sí, algunas hice verdaderamente tremendas. Una de ellas causó la muerte de una de mis víctimas. No fué mucho lo que se perdió. Algún día la explicaré; pero ahora no sé cómo hacerlo, porque el asunto es peliagudo á más no poder, créanme ustedes. Se verificó en un pueblecillo de los alrededores de París. Todos los testigos de ella lloran aún de risa por más que costó la vida á la víctima. ¡Paz á su memoria!

Hoy quiero contar dos: una que padecí yo, otra que le jugué á una vieja.

Empecemos por la primera, que me parece menos graciosa, quizá porque representé el papel de víctima.

En otoño acostumbraba á ir á cazar á una quinta de Picardía, propiedad de unos amigos. Estos eran bromistas empedernidos, pues sólo con bromistas me trato.

Cuando llegué me hicieron una recepción tan calurosa, que empecé á desconfiar. Dispararon escopetas, me abrazaron, me mimaron como si esperasen divertirse á mi costa y yo me dije: «Atención, amigo mío; alguna cosa han tramado».

Durante la comida la alegría fué extremada, harto ruidosa. Y pensaba: «Esta gente se regocija demasiado sin razón aparente. Deben esperar algo sonado, una trastada magistral. De fijo que me la jugarán á mí. Estemos alerta».

Durante toda la velada se rieron de un modo exagerado. Presentía una broma, como el perro huele la caza. Pero ¿cuál? Estaba apercibido, inquieto, no dejaba de analizar ni un ademán ni una palabra. Todo me parecía sospechoso; hasta la cara de los criados.

Dió la hora de acostarse y me condujeron á mi cuarto procesionalmente. ¿Por qué? Me dieron las buenas noches. Entré, cerré la puerta y no adelanté un paso; permanecí con la palmatoria en la mano.

Oía reir y cuchichear en el corredor. Sin duda me espiaban. Yo miraba las paredes, el techo, el suelo, los muebles. No advertí nada sospechoso. Oí pasos junto á la puerta. Sin duda me miraban por la cerradura.

Se me ocurrió una idea: «Acaso me apaguen la luz de pronto y me dejen á obscuras». Encendí todas las bujías de la habitación. Miré de nuevo en torno; pero no vi nada alarmante.

Di una vuelta por la habitación, despacito. Nada. Examiné todos los muebles y objetos. Nada. Me

acerqué á la ventana. Las hojas de madera estaban abiertas. Las cerré con cuidado, corrí las cortinas, que eran de pesado terciopelo, y puse una silla detrás de ellas para no tener nada que temer de fuera.

Entonces me senté con precaución. La butaca era sólida. No me atrevía á meterme en cama. Pero pasaba el tiempo y comprendí que estaba haciendo un papel ridículo. Si me espiaban, como creía, para ver el buen éxito de la broma, debían reirse á carcajadas de mi terror.

Resolví, pues, acostarme. Pero la cama era lo que más recelos me inspiraba. Tiré del pabellón. Parecía bien afianzado. Allí estaba, sin embargo, el peligro. Acaso iba á recibir una ducha helada del cielo de la cama, ó bien, apenas acostado, me hundiría con los colchones. Pensaba en todas las bromas hechas y por hacer y no quería ser víctima de una de ellas.

Entonces se me ocurrió una precaución que juzgué soberana. Cogí suavemente el colchón y las sábanas y colcha y los arrastré al centro del cuarto, arreglándolo todo como mejor pude, lejos de la alcoba sospechosa. Luego apagué todas las luces y volví junto al colchón y me acosté á obscuras.

Permanecí una hora despierto por lo menos, es-

tremeciéndome al menor ruido. Todo parecía tranquilo en la quinta. Me dormí.

Debí dormir mucho tiempo y con sueño profundo; pero de pronto me desperté sobresaltado sintiendo la caída de un cuerpo pesado sobre el mío y, al mismo tiempo, recibí en la cara, en el cuello, en el pecho un líquido caliente que me hizo lanzar un grito de dolor. Y un ruido espantoso, como si cayera un aparador cargado de vajilla, atronó mis oídos.

Me ahogaba bajo la masa que me cayera encima y que no se movía. Tendí las manos para reconocer qué era aquello. Encontré una cara, una nariz, unas patillas. Entonces asesté un puñetazo magistral al intruso. Pero inmediatamente recibí una serie de bofetones que me hicieron saltar de un brinco, de la cama mojada y escapar, en camisa, al corredor, el cual veía por la puerta abierta.

¡Oh estupor! El sol estaba alto. Acudieron al ruido y hallaron, de bruces sobre la cama al lacayo que me traía el té. Al tropezar con mi cama improvisada, me cayó encima, vertiéndome, bien á su pesar, el almuerzo sobre la cara.

Las precauciones tomadas de cerrar la ventana y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de acostarme en mitad del cuarto, me habían jugado la temida broma.

¡Cuánto se rieron mis amigos!

* * *

La otra broma que quiero contar data de mi primera juventud. Tenía quince años y pasaba las vacaciones con mis padres en una quinta de Picardía.

A menudo teníamos de visita una vieja señora de Amiens, regañosa, insoportable, mogigata y vengativa. No podía tragarme y aprovechaba todas las ocasiones para fastidiarme. ¡Buena bruja estaba!

Se llamaba la señora Dufour y llevaba una peluca muy negra, aun cuando ya tenía más de sesenta años, y se colocaba sobre aquel apéndice piloso, una ridícula cofia blanca con lazos de color de rosa.

Se la respetaba porque era rica. Yo la detestaba cordialmente y decidí vengarme de ella.

Acababa de examinarme de química y me habían sorprendido los efectos de una substancia que se llama fosfuro de calcio, la cual, echada al agua, se inflama, detona y lanza un humo blanco muy pestilente. Había podido procurarme algunos puñados de aquella droga y me prometía divertirme en grande con ella.

Tenía un primo de mi misma edad. Le comuniqué mi proyecto; pero le asustó mi audacia.

Una noche, mientras toda mi familia estaba reunida en el salón, penetré furtivamente en la habitación de la señora Dufour y me apoderé (perdón, señoras) de un recipiente de forma redonda que se acostumbra á colocar cerca de la cama.

Después de asegurarme de que estaba bien seco, deposité en su cavidad un puñado, un gran puñado de fosfuro de calcio.

Luego fuí á ocultarme en un rincón esperando el momento oportuno. Gran ruido de voces y pasos me indicó que todos se retiraban. Entonces, con grandes precauciones y descalzo fuí á mirar por el ojo de la llave á mi enemiga.

Se desnudaba despacio y dejaba con cuidado las

prendas de ropa. Se despojó de ellas y se puso un largo peinador blanco que parecía pegado á sus huesos. Tomó un vaso, lo llenó de agua y hundiendo una mano en la boca, como si quisiera arrancarse la lengua, sacó de ella algo blanco y sonrosado que dejó en el agua. Tuve miedo como si presenciase algún misterio vergonzoso y terrible. Era la dentadura postiza.

Luego se quitó la peluca negra y apareció su cráneo casi pelado con unos pocos cabellos blancos, y casi no pude contener la risa: tan rara era aquella cabeza. Luego rezó, se levantó, se acercó al instrumento de mi venganza, lo dejó en el suelo en mitad de la habitación y poniéndose en cuclillas, lo cubrió enteramente con el peinador.

Esperaba yo palpitante. Ella estaba tranquila, parecía contenta. Yo esperaba... también contento como quien va á vengarse.

Oí primeramente un ligero ruido, como un chapoteo, luego una serie de detonaciones como un fuego graneado lejano.

En un instante se transformó de un modo horroroso y sorprendente el rostro de la señora Dufour. Sus ojos se cerraron, se abrieron, volvieron á cerrarse y luego se levantó de pronto con una ligereza de la que no la creyera capaz y miró...

El cachivache blanco crepitaba, detonaba, se inflamaba, y un humo espeso, misterioso, horrible como el de un sortilegio, subía hacia el techo.

¿Qué debió pensar la pobre mujer? ¿Imaginó que aquello era una treta del diablo? ¿Que padecía una enfermedad espantosa? ¿Creyó que aquel fuego que había salido de su vientre iba á roerle las entrañas ó explotar como un volcán?

Permanecía en pie, aterrorizada, mirando el fenómeno. Luego, de pronto, lanzó un grito estridente y cayó de espaldas.

Escapé y me metí en la cama y cerré con fuerza los ojos, como para probarme á mí mismo que no había hecho ni visto nada, que no me había movido de mi cuarto.

Me decía: «Está muerta. La he matado.» Y escuchaba con ansiedad los ruidos de la casa.

Todo eran idas y venidas y cuchicheos; luego oí que se reían; luego recibí una tanda de bofetones aplicados por la mano paternal.

Al día siguiente la señora Dufour estaba muy pálida. A cada instante bebía agua. Acaso, y á pesar de lo que afirmaba el médico, trataba de apagar el fuego que creía encerrado en sus entrañas.

Desde aquel día, cuando hablan delante de ella de

enfermedades, lanza un profundo suspiro y murmura: ¡Oh, señora! ¡Si usted supiese! ¡Hay enfermedades tan raras!...

Y nunca se explica con más claridad.

EN OTRO TIEMPO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En otro tiempo

La quinta, de estilo antiguo, está en una colina arbolada; troncos centenarios le rodean de una fronda obscura y el parque infinito extiende sus perspectivas hacia los lejanos bosques y hacia las aldeas vecinas. A pocos metros de la casa hay un estanque en el cual se bañan señoras de mármol y otros estanques se suceden unos á otros en gradación agradable hasta el pie del otero, y un manantial abundoso despeña sus aguas de uno en otro.

Desde el viejo edificio que aun aparece gallardo, como una coqueta momificada, hasta las grutas incrustadas de conchas de mariscos, donde dormitan amores de otro siglo, todo en aquel antiguo dominio ha conservado el aspecto de otras edades; todo parece hablar aún de costumbres antiguas, de há-

bitos ya olvidados, de galanterías pasadas y de las elegancias graciosas y ligeras que tanto gustaban á nuestras abuelas.

En un saloncito Luis XV cuyas paredes están cubiertas de pastores que galantean á las zagalas, de hermosas damas de faldas ahuecadas y de hidalgos galantes y rizados, una mujer muy vieja, que parece muerta cuando cesa de moverse, está casi tendida en un ancho sillón y deja colgar las manos huesudas de momia.

Su mirada velada se pierde por las profundidades del parque, como si siguiera con el pensamiento las visiones de su juventud. A veces entra una bocanada de aire por la abierta ventana y trae olor de hierbas y aroma de flores. Hace revolotear sus cabellos blancos en torno de la frente arrugada y los recuerdos antiguos en su pensamiento.

A su lado, en un taburete de tapicería, una joven de rubias y largas trenzas, borda un ornamento sagrado. Tiene los ojos soñadores y mientras trabajan sus dedos ágiles se advierte que sueña.

Pero la abuela vuelve la cabeza y dice:

— Berta, léeme los diarios á fin de que pueda saber lo que ocurre en este pícaro mundo.

La joven toma un periódico y lo mira un momento.

—Hay muchas cosas de política, abuela. ¿Las salto?

— Sí, sí, monina. ¿No hay cosas de amor? ¿Ha muerto ya la galantería en Francia, puesto que no hablan de raptos y de aventuras como en otro tiempo?

La joven buscó con atención.

—¡Ajajá! Ya hallé algo. Se titula: «Drama de amor.»

La viejecita sonrió.

—Léeme eso, chiquilla.

Berta empezó. Era una venganza horrible. Una mujer para vengarse de la querida de su marido le había quemado cara y ojos con vitriolo. Salió de la Audiencia absuelta y limpia de toda mancha entre los aplausos de la multitud.

La anciana no cesaba de decir:

—¡Es horroroso, horroroso! Busca algo mejor, niñita mía.

Berta buscó y, más lejos, también en la sección de tribunales, leyó: «Sombrío drama.» Una costurera, ya machucha, se había entregado á un joven; luego para vengarse de su amante, que era inconstante, le pegó un tiro. El desdichado quedaría lisiado. Los jurados, gente moral, aprobaron el amor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ilegítimo de la homicida y la absolvieron libremente.

Esta vez la abuela no pudo contenerse y exclamó con acento tembloroso:

—¿Estáis locos hoy día? Sí, estáis locos. Dios os ha dado el amor, la sola seducción de esta vida; el hombre añade á él la galantería, que es la única distracción de las horas, y echáis á perder uno y otro con vitriolo y revólvers, que es como si se mezclara barro al vino de España.

Berta parecía no comprender la indignación de su abuela.

—Pero, abuela; esa mujer se ha vengado. Piense usted que estaba casada y que su marido la engañaba.

La vieja pegó un respingo.

—¿Qué ideas os imbuyen hoy día, chiquilla?

Berta replicó:

—El matrimonio es sagrado, abuela.

La abuela sintió estremecer su corazón de mujer nacida en el gran siglo de la galantería.

—El amor es lo sagrado—dijo.—Oye, hija mía, á una vieja que ha conocido tres generaciones y que ha estudiado mucho á los hombres y á las mujeres. El matrimonio y el amor no tienen nada que ver,

son dos cosas distintas. Las gentes se casan para constituir una familia y las familias constituyen la sociedad. Esta no puede prescindir del matrimonio. Si la sociedad es una cadena, cada familia es un eslabón. Para soldar esos eslabones se busca siempre metales parecidos.

Cuando uno se casa es necesario unir las conveniencias, combinar las fortunas, pintar razas semejantes, trabajar en pro del interés común que son los hijos y la riqueza. Sólo se casa una vez, hija mía, porque la sociedad lo exige; pero se puede amar veinte veces durante la vida, porque así lo quiere la naturaleza. El matrimonio es una ley y el amor es un instinto que tan pronto nos empuja á la derecha como á la izquierda.

Se ha promulgado leyes que combaten nuestros instintos; era necesario. Pero los instintos son siempre los más fuertes y no se les debería resistir, porque provienen de Dios, mientras las leyes sólo provienen de los hombres.

Si no se perfumaba la vida con el aroma del amor, como se azucara la medicina del niño, nadie quisiera aceptarla tal cual es.

Berta, asombrada, abría desmesuradamente los ojos, y murmuró:

—¡Oh, abuela! No se ama más que una sola vez.

La abuela levantó en alto los brazos, como invocando aún al difunto Dios de las galanterías, y exclamó indignada:

—Sois una raza de villanos, de pecheros. Desde la Revolución ha cambiado el mundo. Habéis inventado palabras altisonantes para todas las acciones y deberes fastidiosos para hacer aburrida la existencia; creéis en la igualdad y en la pasión eterna. Ha habido hombres que han hecho versos para deciros que se muere de amor. En mi tiempo se hacía versos para enseñar á los hombres á amar á todas las mujeres. ¡Y nosotras!... Cuando un hidalgo nos gustaba, hijita, le enviábamos el paje. Y cuando el corazón sentía un nuevo capricho, pronto se despedía al otro amante... ó se conservaba á los dos.

La vieja sonreía con socarronería y en sus ojos grises chispeaba la malicia de aquellas gentes que no se creían de la misma pasta que los demás y que vivían á fuer de señores para quienes no rezan las comunes creencias.

La joven, muy pálida, balbució:

—De modo ¿que las mujeres no tenían honor?

La abuela cesó de reir. Si había guardado algo de la ironía de Voltaire, conservaba también resabios de la filosofía inflamada de Juan-Jacobo.

—¡Sin honor! ¿Por qué se amaba y se decía y se alababa de ello? Mira, muchacha, si una de nosotras, que éramos las más nobles damas de Francia, no hubiese tenido amante, la corte entera se hubiera mofado de ella. Las que querían vivir de otro modo, entraban en un convento. Acaso imagináis que vuestros maridos os amarán toda la vida. ¡Como si eso pudiera ser! Te digo que el matrimonio es una cosa necesaria para que la sociedad viva; pero que es contrario al espíritu de nuestra raza, ¿comprendes? Sólo una cosa buena hay en la vida, el amor.

Y como le comprendéis mal, como le echáis á perder, le convertís en una cosa solemne como un sacramento ó en algo que se compra y se vende, como un traje.

La joven tomó entre sus manos las manos arrugadas de su abuela.

—Cállate, abuela, te lo suplico.

Y de rodillas, anegados los ojos en lágrimas, pe-

día al cielo una gran pasión, una pasión eterna conforme al ensueño de los poetas modernos, en tanto que la abuela, la besaba en la frente y, penetrada aún de esa graciosa y sana razón de la cual los filósofos galantes del siglo XVIII imbuyeron á las gentes, murmuraba:

—Cuidado, niña mía; si crees en tales locuras, serás muy desdichada.

EL BORRACHO

El borracho

El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo negras nubes de invierno que dejaban escapar de cuando en cuando tremendos chaparrones.

El mar alborotado mugía y azotaba la costa, lanzando sobre la playa olas enormes, lentas y espumosas que rompían con fragor de artillería. Avanzaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, á impulsos de las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, como un sudor de monstruos.

El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo las hojas de las ventanas, tirando

las chimeneas y soplando de tal modo en las calles que era imposible pasar por ellas sin agarrarse á las salientes de las paredes. Un niño hubiese sido arrastrado como una hoja seca por sus ráfagas impetuosas.

Se había llevado las barcas hasta las calles de la aldea, porque el mar iba á barrer la playa en la marea alta, y algunos marineros ocultos detrás de las barcas, contemplaban aquella ira del cielo y del agua.

Pero desfilaban uno tras otro porque avanzaba la noche, envolviendo la tempestad y el estrépito de los elementos furiosos.

Dos hombres permanecían aun cerca de la playa, algo encorvados para resistir mejor la furia del viento, con las manos en los bolsillos y el gorro de lana hundido hasta el cogote. Eran dos robustos pescadores normandos, con un collar de áspera barba, con la piel requemada por las ráfagas saladas del mar, los ojos azules con un punto negro en el centro, ojos de marino que ven en las profundidades del horizonte como un ave de rapiña.

Uno de ellos dijo:

—Ea, vámonos, Jeremías. Vamos á jugar al dominó. Soy yo quien paga.

El otro vacilaba aun, tentado por el juego y por el aguardiente, sabiendo que se embriagaría si entraba en la taberna de Plumelle, contenido por el recuerdo de su mujer, que estaba sola en casa.

Preguntó:

—¿Has hecho la apuesta de emborracharme cada noche? ¿Qué sacas de ello, pues pagas siempre?

De todos modos le causaba risa la idea de beber á costa del otro y reía con risa de normando satisfecho.

Maturino, su camarada, le tiraba por el brazo.

—Ea, vente. Mala noche para acostarse sin calor en la barriga. ¿Qué temes? ¿No te calienta la cama tu mujer?

Jeremías contestó.

—La otra noche no supe encontrar la puerta... Tuvieron que recogerme del arroyo, cerca de mi casa.

Se reía de aquel recuerdo de borracho y poco á poco se acercaba á la taberna cuyos cristales iluminados relucían; se aproximaba empujado por Maturino y por el viento, y no se sentía capaz de resistir á aquellas fuerzas reunidas.

La sala estaba llena de marineros, de humo y de bullicio. Todos, vestidos de lana y de codos sobre

las mesas, vociferaban para hacerse oir. Cuantos más bebedores entraban más había que esforzar la voz para dominar la de los otros y el ruido de las fichas, que se colocaban dando un gran golpe sobre la mesa, sin duda para armar más ruido.

Jeremías y Maturino fueron á sentarse en un rincón y empezaron una partida, en tanto que las copas desaparecían una tras otra en las profundidades de sus gargantas.

Luego jugaron otras partidas y bebieron más copas. Maturino vertía sin cesar, guiñando el ojo al patrón, un tío encarnado como un pimiento, que se reía como si supiera que se trataba de una gran broma. Y Jeremías trasegaba el alcohol, lanzando carcajadas que parecían rugidos y mirando á su compadre con expresión entontecida y contenta á la par.

Los parroquianos desfilaban y cada vez que uno de ellos abría la puerta, entraba una violenta ráfaga de aire, que arremolinaba el humo de las pipas, balanceaba las lámparas y hacía vacilar sus llamas, y de repente se oía el choque sordo de una ola y el fragor de la borrasca.

Jeremias, con el cuello desabrochado, tomaba posiciones con una pierna tendida y un brazo colgando, y con la otra mano jugaba al dominó.

Ahora estaban solos con el patrón que se había acercado con gran interés.

Preguntó:

—¿Qué tal, Jeremías? ¿Te has refrescado ya á fuerza de beber?

Jeremías tartamudeó:

—Cuanto más bebo más seco tengo el gaznate.

El tabernero miraba á Maturino con sorna. Preguntó:

—Y tu hermano, Maturino; ¿dónde debe estar ahora?

El marino rió entre dientes.

—Ya está abrigado, pierde cuidado.

Los dos miraron á Jeremías que ponía triunfalmente el doble seis, anunciando:

—El alcalde.

Al terminar la partida, el patrón declaró:

—Chicos, yo me voy á acostar. Os dejo la lámpara y un litro. Vale una peseta. Cierra la puerta por fuera, Maturino, y tira la llave por debajo como hiciste el otro día.

Maturino replicó:

—No temas. Así lo haremos.

Paumelle estrechó la mano de sus dos parroquianos y subió lentamente la escalera de madera. Du-

rante unos minutos resonó su pesado paso en la casa, y después un crujido tremendo reveló que se había puesto en la cama.

Los dos compadres continuaron jugando; á veces una ráfaga más violenta que las otras sacudía la puerta y hacía retemblar las paredes, y los dos jugadores levantaban la cabeza como si fuese á entrar alguien. Luego Maturino tomaba el litro y servía aguardiente á Jeremías. De pronto el reloj de pared dió media noche. Su timbre ronco hacía un ruido de cacerolas y los golpes vibraban largo rato con ruido de hierros viejos.

Maturino se levantó en seguida, como un marinero que termina su cuarto.

—Ea, Jeremías, vámonos.

Jeremías se levantó con trabajo, apoyándose en la mesa; luego ganó la puerta y la abrió, mientras su compañero apagaba la lámpara.

Cuando estuvieron en la calle, Maturino cerró la tienda y dijo:

—Ea, buenas noches; hasta mañana.

El desapareció en la obscuridad.

* * *

Jeremías dió tres pasos, luego osciló, extendió las manos, topó con una pared, que le sostuvo, y volvió á ponerse en marcha tropezando. A veces una ráfaga tremenda le empujaba y le hacía correr durante unos segundos; luego cuando terminaba la violencia del viento, se detenía en seco y luego volvía á ponerse en marcha tambaleándose.

Iba por instinto hacia su casa, como los pájaros van al nido. Descubrió por fin su puerta y empezó á palpar para dar con la cerradura. No encontraba el agujero y blasfemaba á media voz. Luego dió tremendos puñetazos llamando á su mujer para que viniese á ayudarle.

—¡Melina! ¡Eh! ¡Melina!

Apoyándose en una de las hojas para no caerse, se abrió, y Jeremías, perdiendo el punto de apoyo, penetró en su casa desplomándose, cayendo de bruces. Sintió que algo pesado le pasaba por encima del cuerpo y huía hacia la calle.

No se movía, transido de miedo, pues le aterrorizaban el diablo, los fantasmas, todos los misterios de las tinieblas, y esperó largo rato sin atreverse á hacer un movimiento. Luego, como vió que no se oía nada, recobró algo el sentido, la razón obscura del borracho.

Se sentó, esperó un rato más y atreviéndose por fin, gritó:

—¡Melina!

Su mujer no contestó.

Entonces, de repente, una duda, una sospecha nació en su mente turbada. No se movía. Continuaba sentado en el suelo, á obscuras, reuniendo sus ideas, haciendo reflexiones desordenadas y vacilantes como sus pies.

Preguntó de nuevo:

—Dime quién era, Melina. Dime quién era. No te pegaré.

Esperó. Ninguna voz resonó en las tinieblas. Jeremías se puso á razonar en alta voz.

—¡Estoy borracho de veras! ¡Como una cuba! El canalla es el que me ha puesto así; sí, para que no sepa dar con mi casa. ¡Vaya una borrachera!

Y añadió:

—Dime quién era, Melina, ó voy á cometer una brutalidad.

Después de callar un rato, continuaba con la lógica y la obstinación de los beodos.

—¡El es quien me entretiene en casa de ese indecente de Paumelle; y lo hace cada noche, para que no vaya temprano á casa. ¡Ah, canalla!

Repitió:

—Dime quién era, Melina, ó va á llover; te lo prevengo.

Estaba ahora en pie, estremecido por una cólera repentina, como si el alcohol que llevaba en el cuerpo se hubiese inflamado en sus venas. Dió un paso, topó con una silla, la cogió, anduvo unos pasos más, tropezó con la cama, la palpó y encontró dentro el cuerpo tibio de su mujer.

Entonces, ardiendo en ira, gruñó:

—¡Ah! Estabas aquí, bribona, ¿y no respondías?

Y levantando la silla que empuñaba con su mano robusta de marinero, la bajó con furia hacia la cama. De ésta salió un grito desesperado, desga-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

trador. Entonces empezó á golpear como uno que apalea trigo. Nada se movía en la cama. La silla se rompía en pedazos; pero le quedaba un barrote en la mano y pegaba sin descanso, anhelando.

De pronto se detuvo para preguntar:

—¿Me dirás quién era?

Melina no contestó.

Entonces, rendido de fatiga, idiotizado por la violencia de su cólera, se sentó de nuevo en el suelo, se tendió y se durmió.

Al día siguiente, un vecino, viendo la puerta abierta, entró. Vió á Jeremías que roncaba en el suelo donde había los restos de una silla, y, en la cama, una masa informe de carne y de sangre.

MOSCA

MOSCA

RECUERDOS DE UN REMERO

Nos dijo:

No podéis imaginar las cosas y las muchachas inverosímiles que he visto cuando me divertía remando. Mil veces se me ha ocurrido escribir un tomito, titulado «En el Sena,» para contar la existencia enérgica y despreocupada, alegre y pobre á un tiempo, bulliciosa y sana que llevé de veinte á treinta años.

Era un empleado sin un céntimo, ahora soy un hombre rico que puede derrochar sumas enormes por satisfacer un momentáneo capricho. Pero entonces sentía mil deseos modestos é irrealizables

que encantaban mi existencia, y ahora creo que no hay capricho capaz de hacerme dejar el sillón en que dormito. ¡Cuán sencillo y agradable, y difícil también, resultaba pasarse la vida entre la oficina de París y el río en Argenteuil! Mi única, mi grande, mi absorbente pasión durante diez años, fué el Sena. ¡Cuán hermoso y tranquilo, variado y mal oliente aparecía el río, henchido de ficciones é inmundicias! ¡Cuán agradables los paseos que daba por sus orillas floridas, viendo á las ranas que soñaban medio sumergidas sobre una hoja de nenúfar, y los lirios de agua graciosos y frágiles irguiéndose entre altas hierbas que me recordaban los paisajes de los abanicos japoneses, cuando, detrás de un sauce el martín-pescador huía ante mí como una llama azul! Amé todo aquello con amor instintivo que desde mis ojos irradiaba por todo el cuerpo, produciéndome una alegría natural y profunda.

Así como otros recuerdan noches de amor, yo recuerdo auroras espléndidas entre las brumas matutinas, blancas, flotantes, descoloridas antes de ver el sol y luego, cuando el primer rayo de oro las hería, sonrosadas y bellas hasta lo indecible; y recuerdo también las noches de luna plateando el agua, engendrando los más suaves ensueños.

Y todo aquello, símbolo de la eterna ilusión, lo veía yo en el agua mansa que corría hacia el mar arrastrando toda la basura de París.

¡Qué vida tan alegre la que llevábamos mis camaradas y yo! Éramos cinco, hoy hombres graves, pero pobres entonces. En un tabernucho de Argenteuil habíamos fundado una colonia que sólo poseía una sala-dormitorio, donde pasé, ciertamente, las más locas noches de mi existencia. Sólo pensábamos en divertirnos y en remar, pues el remo, menos para uno, era para nosotros un culto. Recuerdo aventuras tan increíbles, bromas tan endiabladas que nadie querría creerlas, pues ya los jóvenes viven de otro modo y no comprenden los goces que aquella vida nos producía.

Entre los cinco poseíamos una lancha, comprada á costa de mil esfuerzos y dentro de la cual he reído como no reiré jamás. Era un yole ancho y un tanto pesado, pero sólido y cómodo. No os retrataré mis compañeros. Había uno, malicioso, pequeñín, llamado: «Petit Bleu;» otro alto, mal encarado, de ojos grises y pelo negro, llamado: «Tomahawk;» otro, gracioso, haragán, llamado: «La Tôque;» uno muy elegante y esbelto, llamado: «El de un ojo» porque llevaba monóculo y en recuerdo de

una novela de Cladel, y yo, á quien bautizaron con el nombre de José Prunier. Vivíamos en buena armonía; y nuestra única pena era carecer de timonela. Una mujer es indispensable en una canoa, porque aviva la inteligencia y el corazón, porque anima y divierte y distrae y produce muy buen efecto cuando, con una sombrilla roja, pasa entre las verdes orillas. Pero no queríamos, nosotros que no nos parecíamos á los demás remeros, una timonela vulgar. Queríamos algo sorprendente, gracioso, atrevido, diferente de lo visto. Habíamos ensayado muchas timonelas; pero todas preferían el vinillo que achispa, al agua que anda y sostiene las lanchas. Venían con nosotros un domingo y se las despedía luego con asco.

He ahí que un sábado por la noche «El de un ojo» trajo una muchacha, viva, graciosa, delgaducha, bromista, una verdadera parisién de esas que crecen en el arroyo. Era agradable, pero no linda, un boceto de mujer de esos que los dibujantes trazan con tres líneas en el mármol de las mesas de café, entre una copa de aguardiente y un cigarrillo. La naturaleza produce algunas de esas mujeres.

La primera noche nos admiró, nos divirtió y nos dejó perplejos á fuerza de salidas graciosas, de fra-

ses oportunas. Caída en aquel nido de hombres dispuestos á todas las locuras, en breve se hizo dueña de la situación y nos conquistó á todos.

Era una locuela, nacida con una copa de ajenjo en la tripa, que su madre debió beber al parirla. Y después no se había desemborrachado jamás, pues su nodriza, á lo que decía, se reforzaba con aguardiente, y llamaba: «mi santa familia» á las hileras de botellas que había en los mostradores de los cafés.

No sé cuál de nosotros la bautizó «Mosca,» ni por qué se le dió tal nombre; pero le cuadraba y le quedó. Y nuestro yole, que se llamaba *Hoja al Revés*, hizo flotar en el Sena, entre Asniéres y Maisons-Laffitte, cinco mocetones alegres y robustos, guiados, bajo una sombrilla encarnada, por una personita vivaracha y atolondrada, que nos trataba como esclavos encargados de pasearla por el agua, y á la cual queríamos de todas veras.

La queríamos por mil razones y por una en particular. Era, en la popa de la lancha, una especie de molino de palabras, que charlaba sin descanso. Charlaba de continuo, y soltaba los mayores despropósitos con una gracia encantadora. Su inteligencia parecía hecha de retazos mal unidos entre

sí, y había en ella la gracia de un cuento de hadas, impudencia, cinismo, vis cómica, cuanto agrada y seduce en una boca de dieciocho años escuchado por oídos de veinticinco.

Se le preguntaba para oir respuestas estrambóticas. La que le hacíamos más á menudo, era:

—¿Por qué te llaman «Mosca»?

Y contestaba tales disparates que dejábamos de remar para reirnos á mandíbula batiente.

Nos gustaba como mujer; y La Tôque, que no remaba jamás y se pasaba el día sentado junto á ella en la popa, contestó una vez á la pregunta habitual: «¿Por qué te llaman Mosca?»

—Porque es una cantárida.

Sí, una cantárida zumbadora que producía fiebre, no la clásica cantárida venenosa, brillante, esmaltada; sino una cantaridilla de alas rojas que empezaba á turbar de extraño modo á la tripulación entera de la *Hoja al Revés*.

¡Cuántas bromas estúpidas acerca de la hoja en que se detuvo la Mosca!

«El de un ojo» desde que llegó la Mosca había adquirido cierta preponderancia entre nosotros; representaba el papel de un caballero que tiene mujer entre cuatro que no la tienen. Abusaba de sus

privilegios hasta el punto de exasperarnos, besando á Mosca, sentándosela sobre las rodillas al acabar de comer, haciendo muchas otras cosas que nos humillaban é irritaban.

Les habíamos aislado en el dormitorio por medio de una cortina.

Pronto advertí que mis compañeros debían pensar lo mismo que yo, poco más ó menos: «¿En virtud de qué ley, de qué principio inaceptable, Mosca, que no parecía muy escrupulosa, debía ser fiel á su amante cuando las mujeres más encopetadas no lo son á sus maridos?

Nuestra reflexión era justa. Pronto nos convencimos de ello. Con haberla hecho un poco antes no hubiésemos perdido tiempo. Mosca engañó á «El de un ojo» con todos los demás marineros de la *Hoja al Revés*.

Le engañó sin dificultad, sin resistencia, á la primera insinuación, de nuestra parte.

Ya sé que las gentes pudibundas se han de indignar muchísimo.

Pero, ¿cuál es la cortesana en moda que no tiene una docena de amantes y cuál de esos amantes es bastante idiota para ignorarlo? ¿No es acaso costumbre pasar una noche en casa de una mujer cé-

lebre y bien pagada, como se pasa una velada en la Ópera, en la Comedia y en el Odeón, desde que se representa allí las obras de los medio-clásicos? Se conciertan diez para pagar una cortesana que pasa grandes apuros para distribuir su tiempo, lo mismo que se juntan diez para comprar un caballo de carreras que sólo monta un jockey, verdadera personificación del amante preferido. Por delicadeza dejábamos Mosca, á «El de un ojo», desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana. Los días de navegación eran para él. Sólo le engañábamos entre semana, en París, lejos del Sena, lo cual, para remeros como nosotros, era casi como no engañarle.

Lo raro del caso era que nosotros cuatro sabíamos perfectamente las místicas traiciones de Mosca, de las cuales hablábamos entre nosotros, y hasta con ella, por medio de alusiones que la hacían reventar de risa. Unicamente «El de un ojo» parecía ignorarlo todo, y ésto hacía que hubiese entre él y nosotros una especie de embarazo que parecía aislarle, levantar una barrera á través de nuestra antigua confianza é intimidad, lo cual le hacía representar un papel difícil y un tanto ridículo, un papel de amante engañado, casi de marido.

Como era muy inteligente y muy ladino, nos preguntábamos alguna vez con cierta inquietud si habría descubierto algo.

Un día aclaró nuestras dudas de un modo harto desagradable para nosotros. Ibamos á almorzar á Bougival y remábamos con vigor, cuando «La-Tôque», que tenía aquella mañana el aire triunfal de un hombre satisfecho, y que, sentado junto á la timonela, parecía estrecharse demasiado contra ella, detuvo la marcha gritando «¡Stop!»

Los ocho remos salieron del agua.

Entonces, volviéndose hacia su vecina, preguntó:

—¿Por qué te llaman Mosca?

Antes que hubiese podido contestar, la voz de «El de un ojo», sentado á proa, articuló con sequedad:

—Porque se posa sobre todas las carroñas.

Primero reinó gran silencio, cierto embarazo, y después nos dieron ganas de reir. Hasta Mosca parecía cortada.

Entonces La-Tôque mandó:

—¡Avante!

La barca siguió su camino. El incidente había terminado; todos sabíamos á qué atenernos.

Aquel caso no cambió en lo más mínimo nues-

tras costumbres y restableció la cordialidad entre nuestro compañero y nosotros. Fué desde entonces otra vez el propietario respetado de Mosca desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana, habiendo establecido su superioridad sobre nosotros por medio de aquella definición que cerró de un modo definitivo las preguntas sobre la palabra «Mosca». Nos contentamos desde entonces con el papel secundario de amigos reconocidos que aprovechaban discretamente el resto de la semana para engañarse mutuamente.

Todo marchó como sobre carriles durante unos tres meses. Pero de pronto Mosca empezó á mostrarse inquieta, menos alegre, nerviosa, casi irritable. Le preguntábamos sin cesar:

—¿Qué te pasa?

Y nos contestaba:

—Nada. Déjadme en paz.

El enigma nos fué revelado una noche por «El de un ojo». Acabábamos de sentarnos en el comedor que nuestro tabernero Barbichón nos reservaba en su tabuco, cuando, después de comer la sopa, nuestro amigo, que parecía inquieto también, tomó la mano de Mosca y dijo así:

—Queridos compañeros: he de haceros una co-

municación muy grave y que quizá acarree largas discusiones. Nos queda, sin embargo, tiempo para discutir. La pobre Mosca me ha anunciado una noticia desconsoladora, encargándome que os la comunique. Está preñada. Sólo he de añadir dos palabras: no es cuestión de abandonarla y se prohibe toda averiguación acerca de la paternidad.

Reinaron unos instantes de estupor; nos parecía que había acontecido un desastre; y nos mirábamos unos á otros con ganas de acusar á alguien. ¿Pero á quién? ¿á quién? Nunca como entonces comprendí la perfidia de esa broma de la Naturaleza que no deja jamás que sepa un hombre de un modo cierto si es el padre de su hijo.

Luego, poco á poco, sentimos cierto consuelo que nos tranquilizó, pensando en que todos éramos solidarios de lo que ocurría.

Tomahawk, que apenas hablaba, formuló su opinión con estas palabras:

—A fe mía que poco me importa; la unión hace la fuerza.

Los barbos hicieron su aparición y los comimos con menos apetito que de costumbre, porque, á pesar de todo, nos sentíamos algo inquietos.

«El de un ojo» añadió:

—Ha tenido la delicadeza de hacerme una confesión plenaria. Todos somos igualmente culpables. Estrechémonos las manos y adoptemos el bebé.

Así se acordó por unanimidad. Extendimos los brazos hacia la fuente de pescado frito y juramos:

—Queda adoptado.

Entonces, salvada de tenazón, libre del peso horrible de la inquietud que torturaba su pobre cabecita loca, Mosca exclamó:

—¡Ah! ¡amigos míos! ¡amigos míos! sois unos buenos chicos... sois unos buenos chicos... ¡Gracias, gracias!

Por primera vez lloró ante nosotros.

Desde entonces se habló del chico en la barca como si hubiera nacido ya, y todos nos interesábamos con una solicitud exagerada de coopartícipes por el desarrollo que adquiría el talle de nuestra timonela.

De pronto cesábamos de remar para preguntar:

—¡Mosca!

Ella contestaba:

—Presente.

—¿Chico ó chica?

—Chico.

—¿Qué será con el tiempo?

Entonces ella dejaba que su imaginación vagase del modo más fantástico.

Hacía relatos interminables que abarcaban desde el nacimiento hasta el día del triunfo definitivo. Aquel chico lo fué todo en la imaginación cándida, apasionada, enternecedora, de la muchachuela que vivía castamente entre nosotros cinco, á quienes llamaba sus «cinco papás». Le vió marino, descubriendo un nuevo mundo, mayor que América, general victorioso que devolvía á Francia la Alsacia y la Lorena; luego emperador que fundaba una dinastía de soberanos generosos y prudentes que daban á nuestra patria la felicidad definitiva; luego sabio que descubrió la piedra filosofal, el elixir de larga vida y la navegación aérea, lo cual permitía visitar los astros y convertir el infinito cielo en un inmenso paseo para los hombres, realizando así los sueños más magníficos y deslumbradores.

¡Cuán graciosa y divertida estuvo la pobre chica hasta fines de verano!

El veinte de septiembre desapareció su ensueño. Volvíamos de almorzar en Maisons-Laffitte y pasábamos delante de Saint-Germain cuando tuvo sed y nos rogó que nos detuviésemos en el Pecq.

Desde algún tiempo antes había perdido su agili-

dad lo cual la aburría soberanamente. No podía brincar como en otro tiempo desde la barca á la orilla como de costumbre. Trataba, sin embargo, de hacerlo á pesar de nuestros gritos y esfuerzos, y veinte veces, sin el auxilio de nuestros brazos, hubiera caído.

Aquel día tuvo la imprudencia de saltar antes que la barca se hubiese detenido, haciendo una de aquellas bravatas que á veces matan á los atletas enfermos ó cansados.

En el mismo momento que íbamos á atracar, sin que pudiésemos prever ni prevenir su movimiento, se levantó, tomó impulso y trató de saltar al muelle.

Demasiado débil, sólo pudo tocar con la punta del pie el borde de la piedra, resbaló, chocó con el vientre en el ángulo agudo, lanzó una gran voz y desapareció en el agua.

Nos lanzamos los cinco y la sacamos desfallecida, pálida como una muerta y padeciendo ya atroces dolores.

Fué preciso llevarla en seguida al mesón más cercano y llamar á un médico.

Durante las diez horas que duró el aborto, soportó con valor heroico abominables tormentos, padecíamos en torno suyo de angustia y de miedo.

Dió á luz un niño muerto, y durante algunos días temimos que muriese la infeliz.

El doctor nos dijo por fin una mañana: «Creo que está salvada. Esta chica es de acero». Entramos juntos en la habitación, radiantes de alegría.

«El de un ojo», hablando en nombre de todos, le dijo:

—Ya no hay peligro, Mosquita; te felicitamos.

Entonces, por segunda vez, lloró delante de nosotros y balbuceó:

—¡Ah, si supiéseis, si supiéseis... qué pena... qué pena... no me consolaré jamás!

—¿De qué, Mosquita?

—De haberle matado, ¡porque le he matado! ¡Oh! ¡sin querer! ¡qué lástima!...

Sollozaba. La rodeábamos conmovidos, sin saber qué decirle.

Añadió:

—¿Le habéis visto vosotros?

Contestamos á una:

—Sí.

—¿Era un muchacho, verdad?

—Sí.

—¿Era bonito, verdad?

Vacilamos mucho. Petit-Bleu, el menos escrupuloso, dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—Muy bonito.

Nunca lo dijera, pues empezó á gemir, casi á chillar de desesperación.

Entonces, á «El de un ojo», que era el que quizás la amaba más, se le ocurrió decirle besando sus ojos empañados por el llanto:

—Consuélate, Mosquita, consuélate; te haremos otro chico.

De pronto se despertó en ella el instinto burlón que tenía hasta en los tuétanos, y medio convencida, medio bromeando, pero llorosa aún y con el corazón angustiado, contestó mirándonos á todos:

—¿De veras?

Contestamos todos juntos:

—De veras.

LA CONFESION

LA CONFESIÓN

Margarita de Therelles iba á morir. Aun cuando sólo tenía cincuenta y seis años parecía tener setenta y cinco. Se estremecía de un modo horrible, pálida y convulsa, como si tuviese una visión espantosa.

Su hermana mayor, Susana, que tenía seis años más que ella, arrodillada al pie de la cama, sollozaba. En una mesita ardían dos bujías, porque se esperaba al sacerdote que debía administrar la extramaunción y la última comunión.

La sala tenía el aspecto siniestro de los cuartos de los moribundos, un aspecto de adiós desesperado. Una porción de botellas estaban en los muebles dispuestas sin orden ni simetría, y por todas partes

se veía trapos y prendas de ropa. Hasta las mismas sillas, colocadas de cualquier modo, parecían haber corrido en todos sentidos. La muerte todopoderosa estaba oculta en la estancia.

La historia de las dos hermanas era enternecedora. La contaban con lágrimas en los ojos á diez leguas á la redonda.

Susana, la mayor, fué amada locamente por un joven á quien también quería. Se prometieron y se esperaba el día del casamiento cuando Enrique de Sampierre murió bruscamente.

La desesperación de la joven fué profunda, y juró no casarse. Cumplió su palabra. Vistió el luto de las viudas y no lo abandonó más.

Entonces su hermanita Margarita, que aun no tenía doce años, se echó una mañana en brazos de su Susana y le dijo:

—Hermana mía, no quiero que seasd esgraciada. No quiero que llores toda la vida. No te abandonaré jamás, jamás, jamás. Yo tampoco me casaré. Permaneceré siempre á tu lado, siempre.

Susana la abrazó enternecida por aquel cariño infantil, y no la creyó.

Pero la niña cumplió asimismo su palabra, y á pesar de las súplicas de sus padres y de los ruegos

de Susana, no se casó. Era linda, muy linda; rehusó la mano de muchos jóvenes que parecían amarla, y no abandonó jamás á su hermana.

***

Vivieron juntas durante la vida entera, sin separarse nunca. Estaban inseparablemente unidas. Pero Margarita parecía siempre triste, agobiada, más abatida que la mayor, como si su sacrificio sublime la hubiese aniquilado. Envejeció rápidamente; tenía el pelo cano á los treinta años y, siempre enfermiza, parecía atacada de un mal desconocido que la roía.

Ahora iba á morir antes que Susana.

Hacía veinticuatro horas que no hablaba. Sólo á los primeros reflejos de la aurora había dicho:

—Id á buscar al cura; se acerca el momento.

Y permanecía tendida de espaldas, estremecida por espasmos, agitando los labios como si unas palabras tremendas, que subían del corazón pugnasen por salir, con la mirada atónita por el terror, de expresión tal que infundía miedo.

Su hermana, abatida por el pesar, lloraba desesperadamente y repetía:

—¡Margarita, pobre Margarita, niña mía!

Siempre la llamaba, como de niña, «la pequeña.»

Sonaron pasos en la escalera. Se abrió la puerta. Entró un monaguillo seguido de un cura viejo. Apenas le vió, la moribunda se sentó en la cama, abrió los labios, balbuceó dos ó tres palabras y empezó á rascar la sábana con las uñas, como si quisiera agujerearla.

El cura Simón se acercó, le tomó la mano, la besó en la frente y dijo con suave acento:

—Dios la perdona, hija mía; tenga valor; este es el momento; hable.

Entonces Margarita, tiritando, haciendo crujir la cama con sus movimientos nerviosos, balbuceó:

—Siéntate, Susana; escucha.

El sacerdote se acercó á Susana, que continuaba al pie de la cama, la levantó, la puso en un sillón, y tomando en sendas manos las de las hermanas, exclamó:

—¡Señor, Dios mío! Dadles fuerzas; amparadlas.

Margarita habló. Las palabras le salían una á una de la garganta, roncas, débiles, espaciadas.

—¡Perdón, perdón, Susana; perdóname! ¡Ah! ¡Si supieras cuánto he temido este momento durante mi vida entera!...

Susana balbuceó llorosa:

—¿Qué te he de perdonar, pequeña? Todo lo sacrificaste por mí; eres un ángel...

Margarita interrumpió:

—Cállate... cállate... deja que te diga... no me interrumpas... Es horrible... Deja que te lo diga todo... hasta el fin... Escucha... ¿Te acuerdas?... ¿Te acuerdas?... Enrique...

Susana se estremeció y miró á su hermana. Esta añadió:

—Es preciso que lo oigas todo para comprender.

Tenía doce años, sólo doce años ¿te acuerdas? Estaba mimada, hacía siempre mi voluntad. ¿Te acuerdas de qué modo me mimaban?... Escucha. La primera vez que vino llevaba botas altas; desmontó junto á la escalinata y pidió que dispensasen si se presentaba en aquel traje; pero traía una noticia á papá. ¿Te acuerdas, verdad? No me interrumpas... oye. Cuando le vi quedé asombrada, me pareció muy guapo y permanecí en un rincón de la sala, mientras habló. Los niños son extraños... y terribles... Le soñé cada noche.

Volvió... muchas veces... le miraba con afán, con toda mi alma. Era desarrollada... y más astuta de lo que creían. Volvió á menudo... Sólo pensaba en él. Repetía su nombre.

—Enrique... Enrique de Sampierre.

Luego dijeron que se casaba contigo. Sentí un pesar... ¡Ah, Susana... un pesar! Lloré tres noches, sin dormir. Venía todos los días después de almorzar... te acuerdas, sí... no digas nada... Tú le hacías pasteles y tortas que le gustaban mucho... con harina, manteca y leche. Me acuerdo como... Aun sabría hacerlos ahora... Los tragaba de un solo bocado, después bebía una copa de vino... Y luego decía: «Son magníficos.» ¿Te acuerdas?

¡Yo estaba celosa, celosa hasta lo indecible! Se acercaba el instante del matrimonio. Sólo faltaban quince días. Yo enloquecía. Pensaba: No se casará con Susana, no; no quiero. Se casará conmigo cuando sea mayor. Nunca amaré tanto á otro hombre... Una noche, diez días antes de firmar el contrato, te paseaste con él por el parque... á la luz de la luna... y allá abajo, junto al pino... te besó... te besó... y te abrazó mucho rato... Te acuerdas, ¡oh, sí! Era probablemente la primera vez... sí... ¡Estabas tan pálida al volver al salón!...

Os he visto; estaba oculta en un grupo de arbustos. ¡Sentí una rabia! ¡De poderlo hacer, os mato!

Me dije: ¡no se casará con Susana, no! No se casará con nadie... padecería yo demasiado. Y de pronto empecé á odiarle.

¿Sabes lo que hice?... oye. Había visto al jardinero preparar bolas para matar perros vagabundos, Machacaba una botella y metía el vidrio en polvo en una bolita de carne.

Cogí del cuarto de mamá una botellita, la desmenucé con un martillo y me metí el polvo en el bolsillo. Era un polvo brillante... Al día siguiente, cuando acababas de hacer los pastelillos, los hendí con un cuchillo y puse dentro el polvo de vidrio...

El comió tres... yo también comí uno... Los otros seis los eché al estanque... los dos cisnes murieron tres días después... ¿Te acuerdas?... ¡Oh, no digas nada!... escucha, escucha... Sólo yo no morí... pero siempre he estado enferma... oye... Enrique murió... ya sabes... escucha... esto no es nada aún... Después, más tarde... siempre... lo más terrible... escucha...

Durante toda mi vida... ¡qué tormento! Me dije: No me separaré de mi hermana. Y se lo diré todo á la hora de la muerte... Y luego, he pensado sin cesar en el momento en que te diría eso... Ya ha llegado... ¡Es terrible!... ¡Oh, hermana mía!

Siempre pensaba, mañana y tarde, de día y de noche: Será preciso que se lo diga... ¡Esperaba!... ¡Qué suplicio! Ya está... no digas nada... ¡Ahora, tengo miedo! tengo miedo... ¡Oh! ¡tengo miedo! ¡Si cuando esté muerta le volviera á ver... imaginar!... No me atreveré... Es preciso... Voy á morir... Quiero que me perdones. Lo quiero... No puedo comparecer ante él si no me perdonas. ¡Oh! dígale que me perdone, señor cura, dígaselo... se lo ruego... No puedo morir si no me perdona...

⁂

Calló y permaneció anhelante, rascando las sábana con las uñas...

Susana había ocultado la cara entre las manos y no se movía. Pensaba en él, á quien hubiese podido amar tanto tiempo. ¡Qué existencia tan feliz hubiese sido la suya! Volvía á verle en el ayer desaparecido, en el pasado obscuro más inmenso que la vida! ¡Muertos adorados! ¡cómo desgarran el corazón! ¡Oh! ¡aquel beso, su único beso! Lo conservaba en el alma. ¡Y luego nada, nada ya durante su existencia entera!...

El sacerdote se levantó de pronto y dijo en voz fuerte y vibrante:

—¡Señorita Susana, su hermana va á morir.

Entonces Susana, apartando las manos, mostró el rostro bañado en lágrimas, y precipitándose hacia su hermana, la besó con toda su alma, balbuceando:

—Yo te perdono, te perdono, pequeña...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA MANO

LA MANO

Todos formaban círculo en torno del señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su parecer acerca del misterioso crimen de Saint-Cloud. Un mes hacía que aquel asunto apasionaba á los parisienses sin que nadie comprendiera nada de él.

El señor Bermutier, en pie, de espaldas á la chimenea, hablaba, reunía pruebas, discutía las diversas opiniones, pero no afirmaba nada.

Muchas mujeres se habían levantado para acercarse al magistrado de cuyos labios salían las palabras temerosas. Se estremecían, vibraban, crispadas por un miedo entreverado de curiosidad, por la insaciable y ávida necesidad de sentir terror que atenacea su alma y las atormenta como una nueva forma del hambre.

Una de ellas, más pálida que las otras, dijo, rompiendo el silencio:

—Es horroroso. Raya en los límites de lo «sobrenatural». Nunca se sabrá nada.

El magistrado se volvió hacia ella:

—Sí, señora, es probable que jamás se averigüe nada. Pero la palabra «sobrenatural» que ha pronunciado usted nada tiene que ver en el asunto. Nos hallamos en presencia de un crimen muy hábilmente concebido y ejecutado y tan envuelto en profundo misterio que no podemos arrancarle de las circunstancias impenetrables que le rodean. En otro tiempo tuve que intervenir en una causa donde parecía, en verdad, mezclarse algo fantástico. Fué preciso sobreseerla por falta de medios para estudiarla.

Muchas mujeres dijeron á la vez:

—Cuente, cuente usted.

El señor Bermutier sonrió con la gravedad que cuadra á un juez y dijo:

—No vayan ustedes á creer, por lo menos, que imaginé que en esa aventura había algo sobrehumano. Sólo creo en las causas normales. Si en vez de emplear la palabra «sobrenatural» para expresar lo que no entendemos, dijéramos «inexplicable», creo que sería mucho mejor. De todos modos en lo que voy á contarles, lo que más me impresionó fueron las circunstancias preparatorias. He aquí los hechos:

Era entonces juez de instrucción en Ajaccio, una preciosa ciudad situada en el fondo de un golfo rodeado de altas montañas.

Las causas más comunes de aquel punto son las de *vendetta*. Las hay soberbias, dramáticas, feroces, heroicas. Allí aparecen los más hermosos asuntos de venganza que es dable imaginar, los odios seculares, apaciguados un momento, jamás extintos, las astucias abominables, los asesinatos que degeneran en carnicerías casi gloriosas. Desde hacía dos años sólo oía hablar del precio de la sangre, de ese horrible prejuicio corso que hace vengar una ofensa en la persona que la ha inferido, en su familia y en sus descendientes. Había visto asesinar á viejos, mujeres, primos y sólo pensaba en tales cosas.

Supe un día que un inglés acababa de alquilar por muchos años una quinta en el fondo del golfo. Traía un criado francés que alquiló en Marsella.

Pronto habló todo el mundo de aquel inglés, que vivía solo en su casa, de la cual sólo salía para

cazar y pescar. No hablaba con nadie, no venía jamás á la ciudad, y cada mañana tiraba una ó dos horas al blanco.

Pronto se inventaron mil leyendas. Unos decían que era un gran personaje que había huído de su patria por motivos políticos. Otros afirmaban que se ocultaba porque había cometido un crimen horroroso. Y daban detalles espeluznantes.

Quise, en mi calidad de juez, indagar algo acerca de aquel hombre. Nada pude saber. Se hacía llamar John Rowell.

Me contenté, pues, con vigilarle; pero en realidad nada preciso se decía contra él.

Pero como las habladurías aumentaban y se generalizaban, se me ocurrió ver por mí mismo al extranjero, y empecé á cazar cerca de su propiedad.

Tardó mucho en presentarse una ocasión favorable. Se presentó por fin en forma de perdiz, una hermosa perdiz que maté á las barbas del inglés. El perro me la trajo, y yo, cogiéndola, me excusé de mi vivacidad y rogué á sir John Rowell que aceptara el ave.

Era un hombrón de pelo y barba rojos, muy alto, muy fornido, una especie de hércules muy pacífico y amable. No tenía la sequedad de sus paisanos y

me dió las gracias en un francés no muy puro que digamos. Al cabo de un mes habíamos hablado cinco ó seis veces.

Una tarde, pasando por delante de su casa, le vi sentado en el jardín fumando en pipa. Le saludé y me invitó á entrar para bèber un vaso de cerveza. No me hice repetir la invitación.

Me recibió con la exquisita cortesía inglesa; habló con elogio de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho *esa* país, *ese* playa.

Entonces le hice, con grandes precauciones, algunas preguntas acerca de su vida, de sus proyectos. Contestó sin embarazo alguno; me contó que había viajado mucho por Africa, América y la India. Y añadió riendo:

—Tuve *muchos* aventuras, ¡oh! *yes*.

Luego habló de caza y me dió curiosas explicaciones acerca de las del tigre, del elefante, del rinoceronte.

Le dije:

—Todos esos animales son muy temibles.

Sonrió.

—¡Oh, no! El peor *era* el hombre.

Se echó á reir á carcajadas, con risa bonachona de inglés contento y dijo:

—También *hube* cazado muchas veces al hombre...

Me habló de armas y me invitó á examinar su colección de escopetas y carabinas.

La sala estaba tendida de negro, de seda negra con bordados de oro. Grandes flores amarillas relucían como si fuesen de fuego sobre la obscura estofa.

Me explicó:

—Es *un* ropa japonés.

En el centro del mayor entrepaño un objeto raro me llamó la atención. Sobre un fondo de terciopelo rojo había una cosa negra. Me acerqué. Era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra desecada, con las uñas amarillas, los músculos sin piel y con huellas de sangre, que parecía betún, sobre los huesos cortados como de un hachazo, cerca de la mitad del antebrazo.

Alrededor de la muñeca, una cadena de hierro soldada á aquel miembro asqueroso, lo amarraba á la pared por medio de una argolla capaz de detener el empuje de un elefante.

Pregunté:

—¿Qué es esto?

El inglés contestó tranquilamente:

—Fué mi mejor enemigo. Viene de América. La corté de un sablazo, arranqué la piel con una piedra cortante, y la hice secar al sol durante ocho días. Es una cosa que me gusta mucho.

Toqué aquel resto humano que debió de haber pertenecido á un coloso. Los dedos, muy largos, ostentaban tendones gruesos que en algunos puntos conservaban tiras de piel. Aquella mano era espantosa, despellejada de aquel modo, y evocaba alguna venganza de salvaje.

Dije:

—Debía ser un hombre muy robusto.

John Rowell contestó con placidez:

—¡Ah! ¡sí! pero yo fuí más fuerte. Le he amarrado con esta cadena para detenerla.

Creí que bromeaba, y repliqué:

—Ahora es bien inútil esta cadena; no es probable que se escape.

Sir John contestó gravemente:

—Siempre quiere huir. Necesita esta cadena.

Le miré un instante, pensando:

—No sé si es un loco ó un bromista de mal género.

Pero su cara permanecía impenetrable, tranquila

y benévola. Hablé de otra cosa, y alabé las escopetas.

Noté, sin embargo, que había tres revólvers cargados sobre los muebles, como si aquel hombre temiera de continuo ser atacado.

Estuve otras veces en su casa. Luego ya no fuí más. La gente se había acostumbrado á su presencia, y nadie se cuidaba de él.

⁂

Transcurrió un año entero. Una mañana, á fines de noviembre, mi criado me despertó, anunciándome que sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba en la casa del inglés con el jefe de policía y de los gendarmes. El criado, horrorizado y desesperado, lloraba junto á la puerta. Sospeché de él; pero pronto vi que era inocente.

Nunca se pudo dar con el culpable.

Entrando en el salón advertí, á la primera ojeada, el cadáver tendido de espaldas en el centro de la estancia.

El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga casi arrancada; todo indicaba una lucha horrible.

El inglés había muerto estrangulado. Su cara negra é hinchada, espantosa, parecía expresar un terror abominable; tenía algo entre sus dientes apretados, y el cuello, con cinco agujeros que se dijeran producidos por púas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Un médico examinó largo rato el cadáver, y dijo:

—Parece haber sido estrangulado por un esqueleto.

Se me puso la piel de gallina, y miré hacia la pared, donde tiempo antes viera la horrible mano despellejada. La cadena, rota, pendía. La mano había desaparecido.

Entonces me incliné hacia el muerto, y vi que tenía en la boca uno de los dedos de aquella mano, cortada, ó mejor, aserrada por los dientes junto á la segunda falanje.

Procedimos á un reconocimiento. Nada encontramos. No había sido forzada ninguna puerta, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros de guarda no se habían despertado.

He aquí, en pocas palabras, lo que contó el criado.

Desde un mes antes su amo parecía inquieto. Había recibido muchas cartas, que quemaba después de leer.

A menudo, empuñando un látigo, presa de una ira que parecía la de un demente, golpeaba con furor aquella mano disecada, afianzada á la pared y arrancada, Dios sabe cómo, á la hora de cometer el crimen.

Se acostaba muy tarde y se encerraba con grandes precauciones. Siempre tenía armas al alcance de su mano. A veces, por la noche, hablaba alto, como si disputara con alguien.

Aquella noche, por casualidad, no había hecho ruido y tan sólo al entrar para abrir las ventanas, advirtió el criado que sir John estaba muerto. No sospechaba de nadie.

Comuniqué cuánto sabía del difunto á los magistrados y gendarmes y se hizo un reconocimiento en diversos puntos de la isla. Nada se descubrió.

Una noche, tres meses después del crimen, tuve una horrorosa pesadilla. Me parecía que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión ó como una araña por el pabellón de la cama y por las paredes. Tres veces me desperté, tres veces volví á dormirme y tres veces vi el asqueroso resto correr por mi cuarto, moviendo los dedos como si fueran patas.

Al día siguiente me la trajeron. La encontraron

sobre la tumba de sir John Rowell, del que no se pudo descubrir la familia. Faltaba el índice.

Esta es la historia, señoras; no sé nada más.

⁂

Las mujeres, espeluznadas, estaban pálidas, temblorosas.

Una de ellas dijo:

—¡Pero esto no tiene desenlace ni explicación! No vamos á dormir si no nos dice cómo ocurrió eso, según usted.

El magistrado sonrió con severidad.

— Siento, señoras, desvanecer sus tremendas apreciaciones. Creo simplemente que el propietario legítimo de la mano no había muerto y que fué á buscarla con la que le quedaba. Lo que no sé es cómo pudo lograrlo. Fué una especie de *vendetta*.

Una de las señoras murmuró:

—No, no debió ser así.

El juez, sin dejar de sonreir, decidió:

— Ya les había prevenido que no les gustaría mi explicación.

LO HORRIBLE

LO HORRIBLE

La noche templada se acercaba lentamente.

Las mujeres quedaron en el salón de la quinta. Los hombres, sentados á caballo sobre las sillas del jardín, fumaban ante una mesa redonda llena de tazas y copitas.

Los cigarros brillaban como ojos en la sombra cada vez más densa. Habían contado un terrible accidente acaecido la víspera: dos hombres y tres mujeres que se ahogaron en el río frente á la quinta, á la vista de los invitados.

El general G... dijo:

—Sí, estas cosas son conmovedoras, pero no son horribles.

Horrible, esa vieja palabra, es más expresiva que

terrible. Un accidente como el ocurrido trastorna, conmueve, asusta; no enloquece. Para experimentar el horror se necesita algo más que la emoción del alma y que el espectáculo de una muerte violenta. Se necesita una sensación de misterio ó de espanto anormal, sobrehumano. Un hombre que muere, aún en circunstancias dramáticas, no inspira horror; un campo de batalla no es horrible; la sangre no es horrible; los crímenes más viles rara vez son horribles.

Voy á contaros dos ejemplos personales que me hicieron comprender lo que es el Horror.

Era en 1870. Nos retirábamos hacia Pont-Audemer, después de atravesar Ruán. El ejército, compuesto de unos veinte mil hombres despeados, desmoralizados, iba á reponerse al Havre.

La tierra estaba cubierta de nieve. Anochecía. No habíamos comido desde la víspera. Huíamos aprisa porque los prusianos estaban cerca.

La campiña normanda, lívida, manchada por las sombras de los árboles que rodean las granjas, se extendía bajo un cielo negro, pesado y siniestro.

Sólo se oía en aquella obscuridad crepuscular el ruido confuso, blando y poderoso, sin embargo, del rebaño humano puesto en marcha. Los hombres,

encorvados, sucios, harapientos, se apresuraban andando por la nieve con paso largo y cansado.

La piel de las manos se pegaba á las culatas, porque helaba aquella noche. A menudo veía un soldado quitarse los zapatos para andar, tanto padecía, y en cada huella dejaba una mancha de sangre. Luego, al cabo de un rato, se sentaba en la cuneta para descansar un momento, y ya no se levantaba. Hombre sentado era hombre muerto.

¡Cuántos soldados hemos dejado detrás de nosotros, que se prometían alcanzarnos después de reposar unos minutos! Apenas habían dejado de moverse, de hacer circular por sus miembros entumecidos su sangre casi inerte, una postración general les clavaba en el suelo, cerraba sus ojos y paralizaba en un instante aquellas máquinas humanas averiadas por las marchas y el hambre. Se desplomaban algo, con la frente tocándoles las rodillas, pero sin acabar de caer, pues sus miembros y su tronco quedaban inmóviles, duros como piedra y no era posible doblarlos más ó estirarlos.

Nosotros, los más robustos, continuábamos andando, helados hasta las entrañas, avanzando por el impulso inicial por entre aquella obscuridad y nieve, por aquella campiña fría y mortal, aplasta-

dos por el pesar, por la derrota, por la desesperación; aniquilados sobre todo por la abominable sensación del abandono, de la muerte, de la nada.

Vi á dos gendarmes que traían un hombrecillo raro, viejo, de aspecto sorprendente.

Buscaban un oficial creyendo haber cogido un espía.

La palabra «espía» circuló pronto entre los rezagados, que formaron círculo en torno del preso. Una voz gritó: «¡Hay que fusilarle!» Y todos aquellos soldados que se caían de fatiga, que no se caían porque se apoyaban en sus fusiles, se estremecieron invadidos por aquella cólera que impulsa á las muchedumbres al asesinato.

Quise hablar; era entonces comandante; pero entonces nadie hacía caso á los jefes y me hubieran fusilado á mí también.

Uno de los gendarmes me dijo:

—Hace tres días que nos sigue. Pide á todo el mundo noticias de la artillería.

Traté de interrogar al detenido:

—¿Qué hace usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué nos sigue?

Balbuceó unas palabras en un dialecto incomprensible.

Era, en verdad, un sér raro; tenía los hombros estrechos, la mirada astuta y demostraba tanta turbación ante mí, que no dudé de que fuera un espía. Parecía viejo y débil. Me miraba de soslayo, con expresión humilde, estúpida y astuta.

Los soldados gritaban:

—¡Fusilarle! ¡Fusilarle!

Dije á los gendarmes:

—¿Respondéis del preso?

Aun no había acabado estas palabras cuando un empujón terrible me derribó al suelo y ví que los soldados, furiosos, se apoderaban del desdichado, le golpeaban, le arrastraban hasta fuera del camino y le echaban contra un árbol. Cayó, casi muerto ya, en la nieve.

En seguida le fusilaron. Los soldados disparaban contra él, volvían á cargar las armas y disparaban de nuevo con encarnizamiento salvaje. Se peleaban para hacerse sitio, desfilaban ante el cadáver y disparaban, como se desfila ante un féretro para echar agua bendita.

De pronto resonó un grito:

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos!

Y oí el rumor formidable de todo el ejército que corría.

El pánico nacido de los disparos hechos contra aquel vagabundo había enloquecido á los mismos ejecutores, los cuales, sin comprender que ellos mismos habían producido la alarma, huían desalados.

Permanecí sólo ante el cuerpo y los dos gendarmes, á quienes el deber había retenido á mi lado.

Movieron aquel cadáver destrozado y sangriento.

—Hay que registrarle, dije.

Y les alargué mi caja de cerillas. Uno de los gendarmes alumbraba al otro. Yo estaba de pie entre los dos.

El que movía el cuerpo, declaró:

—Viste blusa azul, camisa blanca, pantalón y zapatos.

La primera cerilla se apagó; encendieron otra. El gendarme añadió, volviendo los bolsillos:

—Un cuchillo con cachas de cuerno, un pañuelo á cuadros, una tabaquera, un trozo de bramante, un mendrugo.

Se apagó la segunda cerilla. Encendimos la tercera. El gendarme, después de palpar el cadáver durante un minuto, declaró:

—No hay nada más.

Yo dije:

—Desnudadle; quizá tenga algo entre el vestido y la piel.

Y para que los dos soldados estuviesen más libres, les alumbré yo mismo. A la luz de las cerillas les veía quitar las prendas de ropa una por una y desnudar aquel montón de carne aun caliente y muerta.

De pronto uno de los gendarmes balbuceó:

—¡Diablo! ¡Es una mujer, comandante!

No puedo explicar la punzante angustia que me oprimió el corazón. No podía creerlo: me arrodillé ante aquella masa informe: ¡era una mujer!

Los dos gendarmes, asombrados y cortados, esperaban que yo emitiese mi opinión.

No sabía qué pensar ni qué suponer.

Entonces el cabo dijo lentamente:

—Acaso venía en busca de su hijo que sería artillero y del que no tenía noticias.

El otro contestó:

—Quizá sí.

Y yo, que había visto cosas muy terribles, me eché á llorar. Y sentí ante aquella muerta, en la noche helada, en el centro de aquella llanura negra, ante aquel misterio, ante aquella desconocida asesinada, lo que significa la palabra: «Horror».

Experimenté esta misma sensación el año último, interrogando á uno de los supervivientes de la expedición Flatters, un tirador argelino.

Ya sabe usted los detalles de este drama atroz. Pero hay uno que debe ignorar.

El coronel iba al Sudán por el desierto, y atravesaba el inmenso territorio de los tuaregs, que son, en aquel océano de arena que va del Atlántico á Egipto, una especie de piratas tan temibles como los que infestaban los mares en otras épocas.

Los guías de la columna eran de la tribu de los Chambaa, de Uargla.

Un día levantaron el campamento en un punto desierto, y los árabes declararon que, estando un poco lejos el manantial, irían á buscar el agua con los camellos. Un soldado avisó al coronel la traición de qué era víctima. Flatters no lo creyó, y acompañó el convoy con los ingenieros, los médicos y casi todos los oficiales. Fueron asesinados en torno del manantial, y los camellos pasaron á poder de los tuaregs.

El capitán del destacamento de Uargla, que quedara en el campamento, tomó el mando de los su-

pervivientes spais y tiradores, y emprendieron la retirada abandonando bagajes y víveres por falta de caballerías. Pusiéronse, pues, en camino por aquellas soledades sin sombra ni término, bajo los rayos del sol que les abrasaban desde la mañana á la noche.

Una tribu vino á someterse y trajo dátiles: estaban envenenados. Murieron casi todos los franceses, y entre ellos el último oficial.

Sólo quedaban algunos spais con el cabo Pobeguín, y tiradores indígenas de la tribu de Chambaa. Aun quedaban dos camellos. Una noche desaparecieron con dos árabes.

Entonces los supervivientes comprendieron que era preciso devorarse unos á otros, y, apenas descubierta la fuga de los camellos, se espaciaron hasta ponerse fuera del alcance de sus respectivos fusiles, pero sin perderse de vista; y así anduvieron horas y horas bajo el inflamado cielo.

Cuando encontraban un manantial, todos bebían uno después de otro, pero guardando también las distancias. Y andaban por la extensión llana, levantando esas columnitas de polvo que indican desde lejos, en el desierto, el paso de un hombre.

Pero una mañana, uno de los soldados oblicuó

bruscamente, acercándose á su vecino. Todos se detuvieron para mirar.

El hombre hacia el cual iba el soldado hambriento no huyó; se limitó á agacharse y apuntó al que venía. Cuando le creyó á tiro, disparó. El soldado quedó indemne, y, apuntando á su vez, mató á su camarada.

Entonces acudieron todos para obtener su parte. Y el que había matado, descuartizó al muerto y distribuyó la carne. Y de nuevo se alejaron uno de otro aquellos aliados irreconciliables, hasta que un nuevo asesinato volviera á reunirlos.

Durante dos días se alimentaron con aquella carne humana. Luego, hambrientos otra vez, el que matara antes volvió á matar, y como un carnicero distribuyó el cadáver entre sus compañeros, no quedándose más que su parte.

Y así continuó aquella retirada de antropófagos.

El último francés, Pobeguín, fué asesinado junto á un pozo la víspera de la llegada de socorros.

¿Comprenden ustedes ahora lo que entiendo por lo horrible?

Esto es lo que nos contó la otra noche el general de G...

UN PARRICIDIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN PARRICIDIO

El abogado había dicho que estaba loco. ¿Cómo explicar, si no, crimen tan extraño?

Una mañana, en un cañaveral cerca de Chatou habían encontrado unos labriegos dos cadáveres enlazados, mujer y hombre, dos personas conocidas de la alta sociedad parisiense, ya no muy jóvenes, pero casados hacía sólo un año; pues la mujer había quedado viuda poco tiempo antes.

No se les conocía enemigos, ni habían sido robados. Parecía que se les hubiera echado al río después de haberles golpeado con un hierro puntiagudo.

Nada se pudo descubrir durante el sumario. Los marineros interrogados nada sabían, y se iba á sobreseer la causa, cuando un carpintero joven,

de una aldea vecina, llamado Jorge Luis, se presentó de rejas adentro.

A todas las preguntas sólo contestó esto:

—Conocía al hombre desde dos años y á la mujer desde hace seis meses. A menudo venían á mi casa para hacerme restaurar muebles antiguos porque dicen que soy un buen oficial.

Si le preguntaban por qué les había matado, respondía con obstinación:

—Les maté porque quise.

No se le pudo arrancar otra confesión. Aquel hombre era, sin duda, un hijo natural; pues le habían entregado á una nodriza de la aldea y le abandonaron después. No se le conocía otro nombre que el de Jorge Luis; pero como al crecer demostró mucha inteligencia, y gustos y delicadezas nativas que no tenían sus camaradas, empezaron á llamarle «el Burgués» y no se le conocía por otro nombre. Pasaba por ser muy hábil en su oficio de ebanista. Algunas veces esculpía con gran habilidad la madera. Se decía que era muy exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y nihilistas, lector empedernido de noveluchas espeluznantes, gran elector y orador muy escuchado en todas las reuniones obreras.

* * *

El abogado quería hacerle pasar por loco.

¿Cómo explicar, en efecto, que aquel óbrero hubiese muerto sus mejores parroquianos sin intención de robarles, siendo así que en un año le habían dado á ganar más de tres mil francos? Una sola explicación era plausible: la locura, la idea fija del desdichado que quiere vengarse en dos burgueses de toda la burguesía. He aquí por qué el abogado, haciendo una hábil alusión al apodo de «el Burgués» que dieran á Jorge Luis, dijo:

—¿No es acaso una ironía, y una ironía capaz de agriar á ese muchacho que no conoce á sus padres? Es un republicano convencido. ¿Qué digo? Es uno de esos hombres á quienes la República fusilaba y desterraba años hace y que ahora acoge con entu-

siasmo; á ese partido que practica el incendio como principio y el asesinato como medio de acción.

Estas tristes doctrinas que se proclama en los mitins han perdido á este hombre.

Ha oído pedir, á los hombres y á las mujeres, la sangre de Gambetta y de Grevy; su inteligencia pervertida ha naufragado y ha querido sangre, sangre burguesa.

¡No se debe condenarle á él, señores jurados; la culpa es de la Commune!

Circularon murmullos de aprobación. Se previa que el abogado había ganado la causa. El fiscal lo comprendió también.

Entonces el presidente hizo la pregunta de costumbre:

—Acusado: ¿tiene usted algo que alegar en su defensa?

El acusado se levantó.

Era de baja estatura, rubio, de mirada fija y clara. Una voz recia, franca y sonora hacía simpático á aquel muchacho.

Habló en voz alta, en tono declamatorio, pero tan preciso y claro que sus palabras se oían por todo el ámbito de la amplia sala.

—Señor presidente: como no quiero ir á un manicomio y prefiero la guillotina, voy á decírselo todo.

He matado á ese hombre y á esa mujer, porque eran mis padres.

Escúchenme y júzguenme.

Una mujer, después de parir á un hijo, lo dió á criar á una nodriza. De fijo que no supo siquiera el nombre de la aldea donde su cómplice dejó á aquel sér inocente, pero condenado á eterna miseria. A la vergüenza de un nacimiento ilegítimo, á la muerte acaso; porque le abandonaron, y la nodriza, no recibiendo el salario, hubiese podido dejarle padecer hambre y morir abandonado.

La mujer que me crió fué más honrada, más mujer, mejor madre que mi madre. Me educó. Hizo mal cumpliendo su deber. Más vale que perezcan esos desdichados que se arrojan á las aldeas de los suburbios como la basura á la calle.

Crecí con la vaga impresión de que llevaba un estigma original. Los otros chicos me llamaron un día «bastardo». No sabían lo que significaba tal palabra y yo la ignoraba también; pero la sentí.

Puedo decir que era uno de los más inteligentes de la escuela. Hubiese sido un hombre honrado, señor presidente, quizá un hombre superior, si mis

padres no cometieran el crimen de abandonarme. Este crimen lo cometieron contra mí. Yo fuí la víctima, ellos los culpables. Estaba yo sin defensa, ellos se mostraron sin piedad. Debían amarme, me han rechazado.

Les debía la vida, ¿pero vale algo la vida? La mía en todo caso era una desdicha. Después de su vergonzoso abandono, sólo les debía venganza. Realizaron contra mí el acto más inhumano, más infame, más monstruoso que se puede cometer contra una persona.

Un hombre insultado, pega; un hombre robado, recupera por la fuerza su hacienda. Un hombre engañado, burlado, martirizado, mata; un hombre abofeteado, mata; un hombre deshonrado, mata. Yo he sido más robado, engañado, martirizado, abofeteado moralmente, deshonrado que todos aquellos de quienes vosotros absolvéis la ira.

Me he vengado: he matado. Estaba en mi derecho. Les he quitado su vida dichosa á cambio de la vida terrible á que me habían condenado.

¡Hablaréis de parricidio! ¿Eran acaso mis padres aquellos seres para quienes fuí una carga abominable, una mancha de infamia, para quienes mi nacimiento fué una calamidad y mi vida una amenaza y una vergüenza?

Buscaban un placer egoista; tuvieron un hijo imprevisto. Suprimieron el hijo. Yo hice lo mismo con ellos.

Y, sin embargo, hasta hace poco tiempo estaba dispuesto á quererles.

Hace dos años que aquel hombre, mi padre, entró en mi casa por primera vez. Nada sospeché. Me encargó dos muebles. Supe luego que había hablado con el cura, quien le había informado de mi conducta.

Volvió á menudo; me hacía trabajar y pagaba bien. A veces hablaba un rato conmigo. Yo sentía afección por él.

A principios de este año trajo á su mujer, mi madre. Cuando entró, temblaba de tal modo, que creí que padecía de una enfermedad nerviosa. Pidió una silla y un vaso de agua. No dijo nada; miraba mis muebles y mi taller con expresión alocada; contestaba sin dar pie con bola á lo que decía su marido y cuando se marchó pensé que no estaba en su cabal juicio.

Volvió al mes siguiente. Entonces se mostró serena y dueña de sí misma. Aquel día charlaron largo rato y me hicieron muchos encargos. La vi tres veces más sin adivinar nada; pero un día me habló

de mi vida, de mi infancia, de mis padres. Yo le contesté:

—«Mis padres, señora, eran unos miserables que me han abandonado.»

Llevóse la mano al corazón y se desmayó. Pensé al momento: «es mi madre». Pero nada dejé traslucir de mi emoción. Quería saber cómo se portaría.

Me informé por mi parte. Supe que se habían casado el año anterior y que mi madre estaba viuda hacía tres años; supe también que se murmuró acerca de si habían tenido ó no amores en vida del primer marido; pero no había ninguna prueba de ello. La prueba era yo; prueba que habían querido hacer desaparecer después de ocultarla.

Esperé. Una noche volvió acompañada de mi padre. Aquella vez me pareció muy conmovida no sé por qué. En el momento de irse me dijo: «Le quiero á usted bien porque me parece un buen muchacho y un buen obrero; algún día pensará usted sin duda en casarse; quiero ayudarle á escoger libremente la esposa que le convenga. Me casaron una vez contra mi voluntad y sé lo que padecí. Ahora soy libre, rica, sin hijos y dueña de mi fortuna. Esta es su dote.»

Me alargó un gran sobre lacrado. La miré fijamente y luego dije:

«¿Es usted mi madre?»

Retrocedió tres pasos y se tapó los ojos con la mano para no verme. Mi padre la sostuvo y exclamó:

«¿Está usted loco?»

Le contesté:

«No. Sé que son ustedes mis padres. No me engañan. Confiésenlo y les guardaré el secreto. No siento rencor por ustedes. ¡Continuaré siendo lo que soy; un ebanista.»

El retrocedía hacia la puerta sosteniendo á su mujer, que empezaba á sollozar. Cerré la puerta, metíme la llave en el bolsillo y añadí:

«Mírela usted y niegue que es mi madre.»

Entonces se encolerizó y se puso pálido pensando con espanto en el escándalo que podría promoverse; en que su posición, su nombre, su honor podrían perderse de golpe. Balbuceaba:

«Es usted un canalla, que pretende sacarnos dinero. ¡Así paga el diablo á quien bien le sirve!»

Mi madre desesperada no hacía más que repetir: «¡vámonos, vámonos!»

Entonces viendo que la puerta estaba cerrada gritó: «Si no abre usted en seguida le hago meter en la cárcel por *chantage* y violencia.»

Yo había conservado mi serenidad; abrí la puerta y vi cómo se perdían entre las tinieblas.

Entonces me pareció, de pronto, que otra vez acababa de quedar huérfano; que me abandonaban; que me echaban al arroyo. Me sobrecogió una tristeza espantosa mezclada con odio, cólera y asco; sentía una indignación profunda contra aquella falta de justicia, de rectitud, de honor, de afección. Eché á correr para alcanzarles á lo largo del Sena, que debían seguir para ganar la estación Chatou.

Pronto les alcancé. Era ya de noche. Andaba con precaución por sobre la hierba, de modo que no me oyeron. Mi madre continuaba llorando. Mi padre decía: «Es culpa tuya. ¿Por qué quisiste verle? Ha sido una locura. Hubiéramos podido favorecerle de lejos, sin necesidad de que nos viera. Ya que no podemos reconocerle ¿á qué hacer esas visitas peligrosas?»

Entonces me precipité hacia ellos, suplicante. Balbuceé: «Ya ven ustedes que son mis padres. Me han rechazado ya una vez. ¿Me rechazarán otra, todavía?»

Entonces, señor presidente, me levantó la mano; lo juro por mi honor, por la ley, por la república. Me pegó, y al cogerle yo por el cuello sacó un revólver.

No sé lo que pasó por mí; tenía el compás en el bolsillo; le herí mientras pude.

Entonces ella gritó: «¡Socorro! ¡Al asesino!» arrancándome la barba. Parece que también la maté. ¿Acaso sé lo que hice en aquel momento?

Luego, cuando les vi á los dos inmóviles, los arrojé al Sena sin reflexionar.

Esto es lo que tenía que decir. Juzgadme ahora.

***

El acusado se sentó. Ante aquella revelación se suspendió la vista. Pronto ha de reanudarse. Si fuéramos jurados ¿qué le haríamos á ese parricida?

EL CHIQUITIN

EL CHIQUITIN

Lemonnier había quedado viudo con un hijo. Amó locamente á su mujer, con amor exaltado y tierno, durante sus años de vida común. Era un buen hombre, un buenazo, sencillo, sin desconfianza y sin malicia.

Se enamoró de una vecina pobre, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Tenía un comercio de pañería, que le producía buenas ganancias; pero pensó que la chica le quería por sí mismo.

Le hizo feliz; porque él no pensaba más que en ella; sólo á ella veía, y la miraba con ojos de adorador ferviente. Durante las comidas cometía mil torpezas para no apartar la mirada del rostro querido. Vertía vino en el plato y agua en el salero, y luego se echaba á reir como un niño, diciendo:

—Te quiero demasiado, chica; cometo mil torpezas.

Ella sonreía con expresión resignada y luego desviaba la mirada, como aburrida de tanta adoración, y procuraba hablar de cualquier cosa; pero él le cogía la mano y la guardaba entre las suyas, murmurando:

—¡Querida Juanita, Juanilla mía!

Ella acababa por impacientarse, y decía:

—¡Ea, sé razonable! Come, y déjame comer.

El lanzaba un suspiro y comía lentamente dos ó bocados.

Durante cinco años no tuvieron hijos. Luego, de pronto, quedó preñada. Fué una dicha delirante. No la abandonó un momento durante la preñez; de modo que la criada, una antigua criada que le tuvo en brazos cuando niño y que tenía cierta autoridad en la casa, á veces le echaba á la calle y cerraba la puerta para obligarle á pasear.

Tenía íntima amistad con un joven que conocía á su esposa desde la niñez y que era subjefe de negociado en Gobernación. El señor Duretour comía tres veces á la semana en casa de Lemonnier, traía flores á la señora, y, á veces, un palco para el teatro. A menudo, á los postres, Lemonnier se volvía hacia su señora, y exclamaba enternecido:

—Con una compañera como tú y un amigo como él, se es feliz por completo en este mundo.

Juana murió de sobreparto. Por poco se muere su marido; pero el niño le dió valor para continuar viviendo.

Le quiso con amor apasionado y doloroso, con amor enfermizo, donde palpitaba el recuerdo de la muerta y quedaba algo de su adoración por la difunta. El niño, era carne de su mujer, su sér mismo; algo así como una quinta esencia de ella. Aquel niño era su vida misma que renacía en otro cuerpo; ella había desaparecido para que el chiquitín existiese. Y el padre le besaba con furor. Pero el niño la había matado, había robado aquella existencia adorada; había absorbido todo su fluido vital para entrar á su vez en el mundo.

El pobre hombre se sentaba cerca de la cuna del niño, y le contemplaba horas y horas, pensando en mil cosas tristes y consoladoras á un tiempo. Luego, cuando el pequeñín dormía, se inclinaba hacia él y lloraba silenciosamente.

⁂

Creció el niño. Su padre no podía pasar una hora separado de él; rondaba en torno suyo, le paseaba, le vestía, le daba de comer. Su amigo Duretour parecía querer también al niño y le besaba á veces con esos arranques de ternura que sólo tienen los padres. Le hacía saltar sobre sus rodillas y de pronto, derribándole hacia atrás, le daba azotitos en las nalgas regordetas, y pellizcos en los muslos, lo cual provocaba furiosas protestas por parte del niño. El buen Lemonnier, encantado, decía:

—¡Qué lindo es! ¡Qué lindo!

El señor Duretour estrechaba al niño entre sus brazos, haciéndole cosquillas con el bigote en la cara.

Unicamente Celeste, la vieja criada, no parecía

sentir la menor ternura por el niño. Le enfadaban sus diabluras y parecían exasperarle los mimos de los dos hombres. A veces exclamaba:

—¡Vaya un modo de educar á un muchacho! ¡Buen camastrón va á ser!

Pasaron años. Juan cumplió nueve. Apenas sabía leer, pues hacía sólo su santa voluntad. A lo mejor se enfadaba de un modo descompuesto. Su padre cedía siempre. El señor Duretour compraba y traía juguetes nuevos y el chico sólo se mantenía de dulces.

Celeste gritaba entonces:

—Es una vergüenza, señor, es una vergüenza. Causará usted la desgracia de este niño ¿oye usted? Esto tiene que terminar; sí, señor; tal como suena; y antes de poco.

Lemonnier respondía sonriendo:

—¡Qué quieres, mujer! Le quiero demasiado; no sé oponerme á sus deseos; haz como yo.

* * *

Juan estaba débil, enfermizo. El médico ordenó mucho hierro, mucha carne y mucha grasa.

Pero el chiquitín no quería más que dulces y pasteles; y su padre, desesperado, le atiborraba de tortas, de crema y de pastillas de chocolate.

Una noche, al sentarse á la mesa, Celeste trajo la sopera con un aire de autoridad no acostumbrado. La destapó bruscamente, hundió el cucharón en la sopa y declaró:

—He aquí un caldo magnífico; es preciso que el chiquillo se lo trague.

El señor Lemonnier, asustado, bajó la cabeza. Adivinó que aquello acabaría mal.

Celeste le llenó el plato y le invitó á probar la sopa.

Efectivamente estaba muy buena y así lo declaró el buen hombre.

Entonces la criada cogió el plato del niño y le puso un poco de sopa. Luego retrocedió dos pasos y esperó.

Juan olió la sopa, rechazó el plato y soltó un «puah» de repugnancia. Celeste se acercó bruscamente y, cogiendo la cuchara, la llenó y la hundió á la fuerza en la boca entreabierta del muchacho.

Este se atragantó, tosió, estornudó, escupió y chillando cogió el vaso y se lo tiró á la criada. Le tocó en la barriga. Entonces, exasperada, cogió bajo su brazo la cabeza del arrapiezo, y empezó á verterle cucharadas de sopa en la boca. Las vomitaba una tras otra, pateaba, se retorcía, se ahogaba y se puso colorado de un modo horroroso.

Su padre quedó de tal modo sorprendido al principio, que no se movió siquiera; pero luego reaccionado se precipitó sobre la criada, la cogió por la garganta y la arrojó contra la pared gritando:

—¡Fuera, fuera estúpida!

Pero ella le rechazó de un empujón y colérica, despeinada, gritó:

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿Quiere usted pegarme porque hago comer á ese mocoso, á quien va usted á matar con sus mimos?

Lemonnier repetía temblando de pies á cabeza:

—¡Fuera...! ¡vete, vete estúpida!

Entonces ella enloquecida le miró fijamente y le dijo con ronco acento:

—¡Ah!... ¿cree usted... cree usted que va usted á tratarme de esta manera, á mí, á mí...? ¡Ah! ¡No...! ¿Y por quién? Por ese chiquillo que no es siquiera su hijo... No... no es de usted... ¡no, no! ¡No es de usted! ¡No es de usted!... Todos lo saben, todos, menos usted... Pregúnteselo al droguero, al panadero, al carnicero, á todos, á todos...

Tartamudeaba colérica; luego se calló y quedó mirándole.

El había quedado inmóvil, pálido, con los brazos colgando. Al cabo de unos momentos, balbuceó con voz extinta, temblorosa, en la que se notaba una emoción formidable:

—¿Qué dices...? ¿Qué dices...? ¿Qué es lo que dices...?

La mujer calló, asustada por la expresión de su cara. Lemonnier dió un paso y repitió:

—¿Qué dices...? ¿Qué es lo que dices?

Entonces ella contestó con acento tranquilo:

—¡Pardiez! digo lo que sé, lo que todo el mundo sabe.

Lemonnier levantó las manos y lanzándose hacia ella, con impulso violento, trató de derribarla. Pero la criada era fuerte y ágil á pesar de sus años. Se escurrió de entre sus brazos y, corriendo en torno de la mesa, enfurecida otra vez, vociferaba:

—Mírele, mírele ¡tonto! Vea si no es el retrato del señor Duretour; mírele la nariz, los ojos, el pelo. ¿Los tiene usted así? ¿Los tenía así ella? Digo lo que todo el mundo sabe; todos menos usted. Es usted la befa de la ciudad... ¡Mírele...!

Pasaba en aquel instante por delante de la puerta; la abrió y desapareció.

Juan, asustado, permanecía inmóvil, ante el plato de sopa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

* * *

Al cabo de una hora volvió despacito para ver. El niño después de comer los dulces y las compotas, se comía la confitura que había en un gran tarro.

El padre no estaba allí.

Celeste tomó el niño, lo besó, y con paso silencioso lo llevó á su cuarto y lo acostó. Volvió al comedor, quitó la mesa y arregló la habitación, muy inquieta.

No se oía ningún ruido en la casa, ninguno. Fué á escuchar á la puerta de su amo. No se oía ningún rumor dentro del cuarto. Miró por el ojo de la llave. Lemonnier escribía muy tranquilo.

Entonces volvió á la cocina, dispuesta á evitar si era posible lo que pudiese ocurrir.

Se durmió en una silla, y no se despertó hasta que ya era de día. Arregló la casa como de costumbre; barrió, quitó el polvo y, á las ocho, preparó el café para el señor Lemonnier.

Pero no se atrevía á llevárselo á su amo temiendo ser mal recibida; y esperaba que llamase.

No llamó. Las nueve, las diez; nada.

Celeste, asustada, preparó la bandeja y fué hacia la habitación de su amo. Se detuvo ante la puerta, escuchó. Nada se oía. Llamó; no contestaron. Entonces, reuniendo todo su valor, abrió, entró, y luego, lanzando un alarido terrible, dejó caer el almuerzo.

El señor Lemonnier estaba ahorcado en el centro de la habitación. La lengua le salía horrorosamente. El zapato derecho había caido al suelo, el izquierdo lo conservaba en el pie. Una silla tirada, había rodado hasta la cama.

Celeste, despavorida, huyó chillando. Acudieron todos los vecinos. Un médico declaró que la muerte debió ocurrir á media noche.

Una carta, dirigida al señor Duretour, estaba sobre la mesa del suicida. Sólo contenía estas palabras:

«Le dejo y le confío el niño.»

ADIOS

ADIÓS

Los dos amigos acababan de comer. Desde la ventana del café se veía el bulevar lleno de gente. Sentían pasar aquellos soplos tibios que corren por las calles de París durante las noches de verano y hacen levantar la cabeza á los transeuntes y les dan ganas de partir lejos, á cualquier parte, al campo, y les hacen soñar en ríos iluminados por la luna, en gusanos de luz y en ruiseñores.

Uno de ellos, Enrique Simón, dijo, suspirando profundamente:

—Envejezco. Es triste. En otro tiempo, en noches como estas, parecía tener el diablo en el cuerpo. ¡Cuán aprisa va la vida!

Era bastante grueso, tendría unos cuarenta y cinco años, y una calva respetable.

El otro, Pedro Carnier, que tenía un par de años más, pero estaba más delgado y vivaracho, replicó:

—Yo, chico, he envejecido sin notarlo siquiera. Me sentía siempre alegre, vigoroso y muy hombre. Como uno se mira cada día en el espejo, no advierte el trabajo de la edad; pues es muy lento y regular; y modifica tan despacio el rostro, que las transiciones son insensibles. He aquí por qué no nos morimos todos de pesar, después de dos ó tres años de envejecer. Para apreciar los destrozos que causa el tiempo, sería preciso estar seis meses sin mirarse al espejo. ¡Qué desilusión entonces!

No puedes figurarte lo que compadezco á las mujeres. Toda su dicha, todo su poder, toda su vida, dependen de la belleza, que les dura únicamente diez años.

Decía, pues, que he envejecido sin advertirlo, y me creía un adolescente todavía cuando ya estaba cerca de los cincuenta. No padeciendo ningún achaque, vivía dichoso y tranquilo.

La revelación de mi decadencia ocurrió de un modo sencillo y terrible que me aterró durante seis meses... después me lo tomé con calma.

Me he enamorado muchas veces como todos los hombres; pero singularmente en una ocasión.

La conocí á orillas del mar, en Etretat, hará unos doce años, pocos después de la guerra. No hay nada tan bonito como esa playa por la mañana á la hora del baño. Es pequeña, en forma de herradura, encuadrada por aquellos altos acantilados blancos, hendidos por aquellos agujeros extraños que se llaman las Puertas, uno, enorme, que alarga, mar adentro, su pierna de gigante, y el otro enfrente acurrucado y redondo. Las mujeres se amontonan en la estrecha lengua de guijarros, que cubren como de un jardín deslumbrador de vestidos claros y colores vivos. El sol cae á plomo sobre la costa y sobre las sombrillas de todos colores y matices y sobre el mar de un azul verdoso; y todo es encantador, alegre y sonríe á los ojos. Se sienta uno junto al agua y mira á las bañistas. Acuden envueltas en un peinador de franela, que se quitan con gracioso movimiento al llegar junto á la franja de espuma de las olas, y entran en el mar con paso menudo y rápido, que detiene á veces un estremecimiento delicioso; una especie de corta sofocación.

Muy pocas resisten la prueba del baño; allí es donde se las juzga desde las pantorrillas al pecho. A la salida, sobre todo, es cuando se ve las carnes flácidas, por más que el agua del mar les preste cierta dureza.

La primera vez que vi así á aquella mujer, quedé encantado y seducido. Su figura era admirable, y luego tenía una de esas caras cuyo encanto penetra en nosotros al primer golpe de vista. Diríase que se encuentra á la mujer que nos estaba destinada y sentí la sensación y la sacudida que en tal momento se experimentan.

Hice que me presentaran y me enamoré como nunca. Se apoderó de mi corazón. Es una cosa tremenda y deliciosa á un tiempo, sentir la dominación de una mujer. Casi es un suplicio y al propio tiempo una dicha increíble. Su mirada, su sonrisa, los ricillos de su nuca cuando la brisa los movía, los menores trazos de su semblante, los más pequeños movimientos de sus facciones, me encantaban, me trastornaban, me enloquecían. Me dominó por completo por sus gestos, por sus ademanes, hasta por las prendas que vestía, las cuales colocadas sobre su cuerpo parecían recibir nueva belleza de él. Me enternecía viendo su velillo sobre un mueble, sus guantes tirados en un sillón. Sus vestidos me parecían inimitables. Nadie llevaba sombreros como los suyos.

Estaba casada, pero su esposo acudía sólo el sábado para marcharse el lunes. Me era indiferente;

no sentía celos de él, no sé por qué; ningún sér me pareció tener menos importancia y fijó menos mi atención que aquel hombre.

¡Cómo la amaba á ella! ¡Cuán bella y graciosa y joven! Era la juventud, la elegancia y la frescura misma. Nunca como entonces comprendí que la mujer era un sér lindo, fino, delicado, distinguido, formado de encanto y de gracia. Nunca comprendí, como en aquella ocasión, la hermosura seductora de la curva de una mejilla, del movimiento de un labio, de los pliegues de una orejita sonrosada, de la forma de ese estúpido apéndice que se llama la nariz.

Esto duró tres meses y luego partí para América con el corazón destrozado. Pero su recuerdo perduró en mí vivaz y triunfante. Me poseía desde lejos, como me había poseído de cerca. No la olvidaba. Su imagen encantadora, surgía ante mis ojos y estaba grabada en mi corazón. Y mi ternura le era fiel, una ternura tranquila; algo así como el recuerdo querido de lo más bello y más seductor con que topé en mi vida.

* * *

¡Doce años son tan poca cosa en la vida de un hombre! No hay quien los sienta transcurrir, pasan uno tras otro, suavemente y aprisa, lentos y apresurados, largos y cortos á la vez. Se suman con tanta prisa, dejan tan poca huella, se desvanecen tan completamente, que al pensar en el tiempo transcurrido, casi no se ve nada y no se comprende cómo uno se ha hecho viejo.

Me parecía en verdad que apenas me separaban algunos meses de la temporada encantadora que pasé en Etretat.

Durante la última primavera fuí á comer en casa de unos amigos en Maisons-Laffitte.

En el momento de arrancar el tren, una señora gruesa, acompañada de cuatro chiquitinas entró en mi departamento.

Apenas eché una ojeada á aquella clueca, gorda, rechoncha, con una cara de luna llena, encuadrada por un sombrero lleno de cintajos.

Respiraba fatigosamente, por haber andado deprisa. Los niños empezaron á charlotear. Abrí el periódico y me puse á leer.

Acabábamos de salir de Asniéres, cuando mi vecina me dijo de pronto:

—Dispense usted caballero: ¿No es usted el señor Carnier?

—Sí, señora.

Entonces ella se echó á reir, con una risa alegre, de buena mujer, en la que, sin embargo, se notaba como un dejo de amargura.

—¿No me reconoce usted?

Vacilé. Efectivamente creí haber visto aquel rostro en alguna parte; pero ¿dónde? ¿cuándo? Contesté:

—Sí... y no... Sí que la conozco; pero no recuerdo su nombre.

Se ruborizó ligeramente y dijo:

—Me llamo Julia Lefevre.

Jamás recibí un golpe parecido. Me pareció durante un instante que todo había acabado para mí. Comprendí que un velo se había desgarrado ante

mis ojos y que iba á descubrir cosas horrorosas y amargas.

¡Era ella! ¿Era aquella mujer gorda y vulgar? Sí, y había tenido aquellas cuatro hijas desde que yo no la viera. Y aquellas criaturitas me asombraban tanto como su madre misma. Salían de ella; eran ya crecidas y tenían un puesto en la vida. Ella, en tanto, aquella maravilla de gracia y belleza estaba ya aniquilada para el amor. Me parecía que la había visto el día antes y se me aparecía ¡así! ¿Era posible? Dolor violento me oprimió el corazón, y sentí una rebelión contra la naturaleza; una indignación instintiva contra aquella obra de brutal é infame destrucción.

La miraba asombrado; luego le tomé la mano y se me llenaron los ojos de lágrimas. Lloraba su juventud, lloraba su muerte. A aquella señora gorda y con cuatro hijas no la conocía yo.

Ella, conmovida también, balbuceó:

—He cambiado ¿verdad? ¡Qué quiere usted! Todo pasa. Ya ve usted; ahora soy una madre, nada más que una madre, una buena madre. Adiós lo demás; se acabó. ¡Oh! Ya pensaba que no me reconocería usted si alguna vez volvíamos á encontrarnos. Usted también ha cambiado; he tenido que

mirarle con detención para estar segura de que no me engañaba. Está usted canoso. Claro está. Hace ya ¡doce años! ¡doce años! Mi hija mayor tiene ya diez.

Miré á la niña. Encontré en ella algo del encanto antiguo de su madre, algo indeciso aún, poco preciso; algo que sólo en lo futuro tomaría forma. Y la vida me pareció rápida como un tren que pasa.

Llegábamos á Maisons-Laffitte. Besé la mano de mi vieja amiga. No supe decirle más que cuatro vulgaridades. Estaba harto trastornado para hablar.

Por la noche, en mi casa, solo, me miré largo rato en el espejo; mucho rato. Y acabé por recordar lo que había sido; por volver á ver en mi pensamiento mi bigote y mi pelo negro y las facciones juveniles de mi cara y comprendí que ya era viejo. Adiós.

TOMBOUCTOU

TOMBOUCTOU

El bulevar, ese río de vida, bullía bajo los rayos dorados del sol poniente. El cielo apaeecía rojizo, deslumbrador, y detrás de la Magdalena un inmenso haz de rayos lanzaba en la larga avenida una oblicua lluvia de fuego, vibrante como un vapor de hoguera.

La multitud, alegre, palpitante, se movía bajo aquella niebla inflamada y parecía estar en un apoteosis. Las caras parecían doradas, los sombreros y los trajes negros tenían reflejos purpúreos, el barniz de las botas lanzaba llamas sobre el asfalto de las aceras.

Ante los cafés sorbían los consumidores bebidas brillantes que se dijera que eran piedras preciosas fundidas dentro el cristal.

Entre los demás consumidores había dos oficiales de gran uniforme que deslumbraban los ojos con sus galones dorados. Hablaban alegremente, embriagados por aquella plenitud de vida, por aquel glorioso crepúsculo; y miraban la muchedumbre, á los hombres que pasaban despacio y á las mujeres que andaban aprisa dejando en pos de sí un perfume agradable y excitante.

De pronto un negrazo vestido de negro, barrigudo, con el chaleco de piqué cargado de dijes, con la cara reluciente como si le hubiesen dado betún, pasó por delante de ellos con aire de triunfo. Reía contemplando á los paseantes, reía mirando el cielo, reía de todo, satisfecho de los demás y de sí mismo. Era tan alto que su cabeza sobresalía de todas las demás y los papanatas y chiquillos se volvían para mirarle de espaldas.

Pero de pronto vió á los dos oficiales y atropellando á los bebedores se fué en derechura hacia ellos. Cuando estuvo delante de su mesa, fijó en ellos sus ojos relucientes y encantados y los extremos de la boca le subieron hasta las orejas, descubriendo sus dientes blancos, claros como una media luna en un cielo negro. Los dos militares, asombrados, contemplaban aquel gigante de ébano, sin comprender el por qué de su alegría.

De pronto exclamó con una voz que hizo reir á cuantos la oyeron:

—Buenos días, mi teniente.

Uno de los oficiales era comandante, el otro coronel. El primero dijo:

—No le conozco á usted, caballero; ignoro en qué puedo servirle.

El negro replicó:

—Yo querido mucho ti, teniente Vedié, sitio Bezí; muchas uvas, buscalas yo.

El oficial, estupefacto, miraba fijamente á aquel hombre y de súbito exclamó:

—¿Tombouctou?

El negro, radiante, se golpeó el muslo y riendo de un modo formidable, vociferó:

—Sí, sí, ya; mi teniente reconoce Tombouctou; ya, buenos días.

El comandante le alargó la mano, riendo también de buena gana. Entonces Tombouctou se puso grave. Tomó la mano del oficial y con tanta rapidez que fué imposible evitar el movimiento, la besó como acostumbran los árabes y los negros. El militar, confuso, le dijo con acento severo:

—¡Ea, Tombouctou, que no estamos en Africa! Siéntate y dime cómo te encuentras aquí.

Tombouctou se sentó y tartamudeando por la prisa que se daba en hablar, dijo:

—Ganado mucho dineo, mucho; gran estaurant; buena comida; prusianos, yo, robado mucho, mucho cocina fancesa; Tombouctou, cocineo Empeadó; doscientos mil fancos míos. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y se reía como un bendito, retorciéndose, apretándose los ijares, alborotando en el exceso de su regocijo.

Cuando el oficial, que comprendía su extraña charla, le hubo interrogado un rato, le dijo:

—Bueno, Tombouctou; hasta otro rato, ya nos veremos.

El negro se levantó, estrechó la mano que se le tendía, y sin cesar de reir, gritó:

—¡Buenos días, buenos días, mi teniente!

Y se marchó, tan contento, que gesticulaba y manoteaba andando, de modo que le tomaban por un loco.

El coronel preguntó:

—¿Quién es este barbarote?

—Un buen muchacho y un buen soldado. Voy á contarle lo que sé de él; tiene gracia.

* * *

Ya sabe usted que al principiar la guerra quedé bloqueado en Bézières, que este negro llama Bezí. Sólo estábamos bloqueados, no sitiados. Las líneas prusianas nos rodeaban por todas partes, fuera del alcance de los cañones. No disparaban contra nosotros; pero nos dejaban sin víveres.

Era entonces teniente. Nuestra guarnición estaba formada por tropas de todas clases, fugitivos, merodeadores separados de sus cuerpos, pelotones de diversos regimientos. Hasta una noche aparecieron once *turcós*, que no sé de dónde venían ni cómo pudieron llegar. Se habían presentado á las puertas de la plaza, rendidos de fatiga, desarrapados, hambrientos y borrachos. Formaron en mi compañía.

Pronto reconocí que eran rebeldes á toda disciplina; siempre se escapaban; siempre estaban borra-

chos. Les arrestaba, les echaba al calabozo; en vano. Desaparecían durante días enteros, como si les hubiese tragado la tierra, luego volvían borrachos como una cuba. No tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo y qué?

Aquello me extrañaba, con tanto mayor motivo cuanto que aquellos salvajes me interesaban con su risa eterna y su carácter de muchachos traviesos.

Un día me fijé en que obedecían ciegamente al más alto de ellos, el que acaba usted de ver. Les mandaba á su antojo y preparaba sus misteriosas expediciones como jefe todopoderoso é incontestado. Le hice venir á mi habitación y le interrogué. Nuestra conversación duró tres horas, pues me costaba entender su enrevesada charla. En cuanto á él, pobre diablo, hacía esfuerzos inauditos para ser comprendido, inventaba palabras, gesticulaba, sudaba de angustia, se secaba la frente, se detenía y volvía á empezar cuando creía haber encontrado un nuevo medio de explicarse.

Adiviné, por fin, que era hijo de un gran jefe, de una especie de rey negro de las cercanías de Tombouctou. Le pregunté su nombre. Me dijo algo así: Chavaharibuhalikhanafotapolara. Me pareció más sencillo darle el nombre de su país: «Tombouctou.»

Y ocho días después toda la guarnición le llamaba así.

Pero no podíamos averiguar de dónde aquel príncipe africano sacaba la bebida. Lo descubrí de un modo bien raro.

Estaba una mañana en las murallas, escrutando el horizonte, cuando advertí en una viña algo que se movía. Se acercaba la vendimia, las uvas estaban maduras; pero no pensaba en ello. Pensé que un espía se acercaba á la ciudad y organicé una expedición para cazarle. Yo mismo tomé el mando de ella, previo permiso del general.

Había hecho salir por tres puertas distintas sendos destacamentos que debían reunirse en torno de la viña en cuestión. Para cortar la retirada al espía, uno de los destacamentos debía hacer una marcha de una hora por lo menos. Un soldado que estaba en observación en las murallas, me indicó por una señal que el individuo sospechoso continuaba en la viña. Andábamos sin ruido, arrastrándonos, con mil precauciones. Llegamos, al cabo, al punto deseado, despliego á mis soldados que se precipitan dentro de la viña... y encuentran... á Tombouctou andando á gatas entre las cepas y comiendo uvas, ó para explicarlo mejor, zampándoselas como un

perro, arrancándolas con la boca de la misma planta.

Quise hacerle levantar: imposible. Comprendí por qué andaba á gatas. Cuando le pusieron en pie, se bamboleó un momento y cayó de bruces. Estaba borracho de un modo atroz.

Se lo llevaron en una especie de parihuelas hechas con ramas, y no cesó de reir en todo el camino, moviendo brazos y piernas.

Allí estaba todo el misterio. Los barbarotes bebían en la misma cepa. Luego, cuando estaban borrachos del todo, dormían la mona.

Tombouctou se pasaba la vida en las viñas como los zorzales á los que aborrecía de todo corazón, con odio de rival celoso. Repetía sin cesar:

—Zorzales comido todas uvas. ¡Canallas!

* * *

Una tarde vinieron á buscarme los soldados. En la llanura se veía algo que avanzaba hacia nosotros. Como no tenía los gemelos, me era difícil saber qué era aquello. Hubiérase dicho una serpiente enorme, un convoy ¡qué sé yo!

Envié algunos soldados al encuentro de aquella caravana que pronto hizo su entrada triunfal. Tambouctou y nueve de sus compañeros traían sobre una especie de altar hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cercenadas, sangrientas, horribles. Otro *turcó* tiraba de un caballo, á la cola del cual habían atado otro, y seis caballos más seguían de igual modo.

He aquí lo que supe: Cuando iban á las viñas, los africanos vieron un destacamento de prusianos

que se acercaban á la aldea. En vez de huir, se ocultaron; luego, cuando los oficiales hubieron desmontado en un mesón para refrescar, los once negros se precipitaron contra los uhlanos, que huyeron; mataron á los dos centinelas, al coronel y á los cinco oficiales de su escolta.

Aquel día abracé á Tombouctou. Pero noté que andaba con dificultad. Pensé que estaba herido. Se echó á reir y dijo:

—Yo provisiones para país.

Es que Tombouctou no se batía por el honor, sino por el provecho. Todo lo que encontraba, cuanto le parecía de algún valor, todo lo que brillaba, lo hundía en su bolsillo. ¡Qué bolsillo! Un abismo que empezaba en la cadera y terminaba en el tobillo. Recordando un término de cuartel, le llamaba su «profundo», y era profundo, en efecto.

Había, pues, arrancado todo el oro del uniforme de los prusianos, el cobre de los cascos, los botones, y todo lo metió en el bolsillo, que rebosaba.

Todos los días sumía en aquel pozo cualquier objeto reluciente que estuviese al alcance de las manos, y llenaba de tal modo el «profundo» que hacía una facha estrafalaria.

Pensaba llevar todo aquello al país de los aves-

truces, de los cuales aquel hijo de rey parecía hermano según la tentación que le inspiraban los objetos brillantes. De no tener los bolsillos ¿dónde los metiera? Probablemente se los tragara.

Todas las mañanas tenía vacío el bolsillo. Poseía, pues, un depósito general. ¿Dónde? No llegué á averiguarlo.

El general, avisado de la hazaña de Tombouctou, mandó enterrar los cuerpos que quedaran en la aldea, á fin de que no se supiese que habían sido descabezados. Los prusianos volvieron al día siguiente, y el alcalde y siete contribuyentes importantes fueron fusilados acto seguido en represalias, por haber denunciado la presencia de los alemanes.

* * *

Vino el invierno. Estábamos cansados y fatigados. Ahora nos batíamos todos los días. Los soldados, hambrientos, no podían con su alma. Tan sólo los ocho *turcós* (tres habían muerto) estaban gordos, lucios, vigorosos y dispuestos siempre á batirse. Tombouctou engordaba. Un día me dijo:

—Tú mucha hambre; yo buena carne.

Me trajo, en efecto, un excelente filete. ¿De qué? No teníamos bueyes, ni carneros, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible procurarse caballo. Pensé en todo ello después de comer la carne, y tuve un pensamiento horrible. ¡Aquellos negros habían nacido cerca del país donde se come á los hombres! ¡Y caían tantos soldados cada día en los

alrededores de la ciudad! Interrogué á Tombouctou; no quiso contestar. No insistí; pero de allí en adelante rehusé sus presentes.

Me adoraba. Una noche nos sorprendió una nevada en las avanzadas. Estábamos sentados en el suelo. Miraba con lástima cómo tiritaban los pobres negros. Como tenía mucho frío, tosí. Sentí en seguida caer sobre mis hombros un gran capote. Era la capa de Tombouctou, que el buen negro me echaba sobre los hombros.

Me levanté y le devolví el capote:

—Guárdalo, muchacho; te hace más falta que á mí.

Me contestó:

—No, mi teniente; tuyo, tuyo; yo no necesitar; caló, caló.

Y me miraba suplicante.

Repliqué:

—Ea, obedece; guarda tu capa; lo quiero.

Entonces se levantó, sacó el sable, que cortaba como una navaja, y sosteniendo con la otra mano el capote que rehusaba:

—Si no tomas capote, lo corto; nadie capote.

Lo hubiese hecho; cedí.

* * *

Ocho días después habíamos capitulado. Algunos pudieron huir. Los demás íbamos á salir de la ciudad y rendirnos á los vencedores.

Me dirigía á la plaza de Armas, donde debíamos reunirnos, cuando quedé asombrado ante un negro gigantesco, vestido de dril blanco y con sombrero de paja. Era Tombouctou. Parecía radiante y se paseaba con las manos en los bolsillos delante de una tiendecita donde se veía una muestra con dos platos y dos copas.

Le dije:

—¿Qué diablos haces?

El contestó:

—Yo no padecido; buen cocinero; yo hecho comida comandante Agel; yo comido pusianos; robado mucho, mucho.

El termómetro marcaba diez grados bajo cero. Tiritaba delante de aquel negro vestido de dril. Entonces, cogiéndome por el brazo, me hizo entrar. Vi un letrero enorme que iba á poner encima de la puerta tan pronto como nosotros nos marcháramos, porque aun conservaba cierto pudor.

Y leí, escrito por la mano de algún cómplice, este llamamiento:

COCINA MILITAR DEL SEÑOR TOMBOUCTOU

ANTIGUO COCINERO DE S. M. EL EMPERADOR

Artista de París.—Precios económicos.

A pesar de mi rabia y mi tristeza, no pude por menos de reirme y dejé al negro entregado á su nuevo comercio.

¿No valía mucho más dejarle que hacerle ir prisionero?

Ya ve usted que el chico ha tenido suerte.

Bézières pertenece ahora á los alemanes. La fonda Tombouctou es un principio de desquite.

LA ROCA DE LAS URIAS

La Roca de las Urías

Ha llegado la estación de las urías.

De Abril á fines de Mayo, antes que lleguen los bañistas parisienses, se ve aparecer en la playa de Etretat unos ancianos en traje de caza. Pasan cuatro ó cinco días en el hotel de Hauville, desaparecen y vuelven tres semanas después; luego, unos días más de permanencia y se van en definitiva.

Se les pierde de vista hasta la primavera próxima.

Son los últimos cazadores de urías, los que quedan, pues eran una veintena de fanáticos hace treinta ó cuarenta años; ahora quedan pocos, pero entusiastas.

La uría es un ave emigradora muy rara cuyas costumbres son bien extrañas. Habita casi todo el año en Terranova y en las islas de San Pedro y Mi-

quelón; pero en el celo, una bandada de emigrantes pasa el Océano y todos los años viene á poner y á empollar en el mismo punto, en la roca llamada *de las urias*, cerca de Etretat. Sólo allí se puede ver urías, y á pesar de que siempre se les ha cazado siempre vuelven; y es probable que siempre volverán. Apenas criados los polluelos marchaban, desaparecían durante un año.

¿Por qué no se asustan jamás, por qué no escogen otros puntos de la costa blanca y sin igual que va del Pas-de-Calais al Havre? ¿Qué fuerza, qué instinto invencible, qué costumbre secular empuja á esas aves á volver á aquel sitio? ¿Qué primera emigración, qué tempestad acaso lanzó á sus padres á aquella roca? ¿Y por qué los hijos, los nietos, todos los descendientes acuden adonde acudieron sus antepasados?

Son pocos: un centenar á lo sumo, como si sólo una familia tuviera aquella tradición y cumpliera esa peregrinación anual.

Y cada primavera, apenas la tribu viajera se instala en su roca, los mismos cazadores también acuden á la aldea. Se les conoció jóvenes en otro tiempo; ahora son viejos, pero fieles á la cita que se dan desde hace treinta ó cuarenta años.

Por nada del mundo faltarían á ella.

* * *

Era una tarde de Abril de estos últimos años. Tres de los antiguos cazadores de urías acababan de llegar; faltaba uno de ellos, el señor d' Arnelles.

No había avisado, no había escrito á nadie. Sin embargo, no había muerto como tantos otros; se hubiera sabido. En fin, cansados de esperar, los otros tres se sentaron á la mesa. La comida terminaba cuando se oyó el ruido de un carruaje en el patio del mesón y el rezagado entró.

Se sentó, alegre, frotándose las manos, comió con gran apetito, y como uno de sus compañeros extrañase verle de levita, contestó tranquilamente:

—No tuve tiempo de cambiar de traje.

Se acostaron al acabar de comer, pues para sorprender á las aves hay que levantarse antes de apuntar el alba.

Nada tan bonito como aquella caza y aquel paseo matutino.

A las tres de la mañana, los marineros despiertan á los cazadores echando arena contra los cristales. Al cabo de unos minutos todo el mundo está listo y se baja á la playa. Aunque no apunta el alba todavía, palidecen ya las estrellas; el mar hace crujir los guijarros; la brisa es tan fresca que se tirita á pesar de los gruesos abrigos.

Bien pronto las dos barcas, empujadas por los marineros se escurren por sobre los guijarros redondos, con ruido de tela desgarrada y luego se balancean sobre las olas. La vela parda sube al mástil, se hincha un poco, palpita, vacila y ahuecada de nuevo, redonda como una barriga, se lleva los botes alquitranados hacia la gran entrada que se distingue vagamente en las sombras.

El cielo se aclara; las tinieblas se funden; la costa aun aparece velada, la gran costa blanca, recta como una muralla.

Se pasa la Manne-Porte, bóveda enorme por la cual pasaría un navío; se dobla la punta de la Courtine; ahí están el valle de Antifer, el cabo de igual nombre; y, de repente, se ve una playa donde están posadas millares de gaviotas. Esta es la roca de las Urias.

Es como una joroba del acantilado, y por encima de las estrechas cornisas de la roca, aparecen unas cabezas de ave que miran las barcas.

Allí están, inmóviles, no decididas á marchar aún. Algunas, plantadas en las salientes, parecen sentadas sobre sus posaderas, derechas en forma de botellas, pues tienen las patas tan cortas que, cuando andan, parecen deslizarse sobre unas ruedecitas, y para volar, como no pueden tomar empuje, les es necesario dejarse caer como piedras, hasta cerca de los hombres que las acechan.

Conocen su defecto y les cuesta decidirse á partir.

Pero los marineros empiezan á gritar y arman ruido dentro de las barcas y las aves, asustadas, se lanzan una tras otra al vacío casi hasta el ras del agua; luego, batiendo con rapidez las alas, huyen, huyen hacia alta mar si una rociada de plomo no las echa al agua.

Durante una hora las ametrallan así, obligándolas á huir una tras otra, y á veces las hembras que empollan no quieren moverse y reciben descarga tras descarga, que salpican la roca blanca de sangre rosada, y el animal espira sin haber abandonado los huevos.

***

El primer día el señor d'Arnelles cazó con su entusiasmo habitual; pero cuando abandonaron la costa á las diez de la mañana, bajo el alto sol radiante que arrojaba torrentes de luz en las gigantescas muescas de la costa, se mostró como inquieto y meditabundo, cosa que no le era habitual.

Cuando llegaron á la aldea, una especie de criado vestido de negro le habló al oído. Pareció reflexionar, vacilar, y por fin contestó:

—No, mañana.

Y al día siguiente se reanudó la caza. El señor d'Arnelles erró muchas veces el blanco, por más que las urías tocaban casi el cañón de su escopeta; y sus amigos le daban vaya, preguntándole si estaba enamorado, ó si algún pesar secreto le turbaba el corazón y la mente.

Por fin convino en que sí.

—Sí, verdaderamente; es necesario que parta dentro de unas horas y esto me contraría.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted? Y, ¿por qué?

—¡Oh! Tengo un asunto que reclama mi presencia y no puedo esperar más.

Luego hablaron de otras cosas.

Apenas terminado el almuerzo apareció de nuevo el criado enlutado, y el señor d'Arnelles dió orden de enganchar. Y el criado iba á salir cuando los demás cazadores intervinieron para rogar á su amigo que no se marchara. Uno de ellos, preguntó:

—¡Ea, veamos! Creo que el asunto no debe ser tan urgente cuando ha esperado usted dos días.

El cazador meditaba y reflexionaba, perplejo, evidentemente vacilando entre el placer y la obligación, turbado y angustiado.

Después de larga meditación, dijo vacilando:

—Es que... es que... no estoy sólo; ahí está mi yerno.

Hubo exclamaciones á granel.

—¿Su yerno?... ¿Dónde está?

Entonces, de repente, quedó confuso, se ruborizó.

—¡Cómo! ¿No lo saben ustedes?... Pues... pues... Está en la cochera. Está muerto.

Reinó un silencio de asombro.

El señor d'Arnelles añadió, cada vez más turbado:

—Tuve la desgracia de perderle. Y al conducirle á mi propiedad de Briseville, he dado un pequeño rodeo para no faltar á nuestra cita. Pero ya comprenderán ustedes que no puedo aguardar más.

Entonces uno de los cazadores, el más atrevido, murmuró:

—Sin embargo... Puesto que ha muerto... me parece... que bien puede esperar un día más.

Los otros dos le hicieron coro.

—Es indudable—dijeron.

El señor d'Arnelles parecía aliviado de un gran peso; pero algo inquieto aún, preguntó:

—¿De veras... francamente... les parece?...

Los otros tres contestaron unánimes:

—¡Pardiez! querido, dos días más ó menos deben importarle poco.

Entonces, tranquilizado del todo, el suegro, volviéndose hacia el empleado de pompas fúnebres, dijo:

—Vaya, amigo mío; lo dejaremos para pasado mañana.

EL VIEJO

EL VIEJO

Un tibio sol de otoño daba en el patio de la granja por encima de las grandes hayas de las zanjas. Bajo el césped arrasado por las vacas, la tierra impregnada por la lluvia reciente era blanda y se hundía bajo los pies con ruido de agua; y los manzanos, cargados de frutos, dejaban caer algunos, de un color verde pálido, entre el verde obscuro de la hierba.

Pacían cuatro novillas, atadas á unas estacas y mugían á ratos mirando hacia la casa; las gallinas daban animación y color al estercolero, delante del establo, en el patio, y picaban, buscaban, escarbaban, mientras los dos gallos, cantando sin cesar, buscaban gusanos para las gallinas á las que llamaban con viveza.

Se abrió la puerta de la cerca y entró un hombre que podría tener cuarenta años, pero que parecía pasar de los sesenta por lo arrugado y encorvado. Andaba á largos pasos lentos, más pesados por los gruesos zuecos llenos de paja. Sus brazos, demasiado largos, colgaban á ambos lados del cuerpo. Cuando se acercó á la granja un gozquejo amarillento, atado al pie de un peral, junto al barril que le servía de casa, movió la cola y ladró de contento. El aldeano gritó:

—¡Quieto, Finot!

El perro calló.

Una mujer salió de la casa. Su cuerpo huesudo, ancho y aplastado se dibujaba bajo un pañuelo que le ceñía la cintura. Unas sayas grises, harto cortas le llegaban hasta la mitad de las piernas, aprisionadas en medias azules, y llevaba también zuecos llenos de paja. Una gorra blanca, convertida en amarilla, cubría el escaso pelo del cráneo y su cara morena, flaca, fea y desdentada, tenía aquella expresión salvaje é idiota que á menudo se ve en los rostros de los campesinos.

Su marido preguntó:

—¿Cómo está?

Y respondió la mujer:

—El señor cura dice que está dando las boqueadas y que no pasará de la noche.

Ambos entraron en la casa.

Después de atravesar la cocina, penetraron en una habitación baja, negra, apenas alumbrada por una ventanita delante de la cual colgaba un pingajo de indiana. Las gruesas vigas del techo, que el tiempo había ennegrecido y la incuria ahumado, atravesaban la habitación de parte á parte, soportando el endeble suelo del granero, por el cual corrían, de día y de noche, legiones de ratas. El piso, de tierra, desigual, parecía rezumar grasa y en el fondo del cuarto, la cama formaba una mancha relativamente blanca. Un ruido regular, ronco, una respiración ansiosa, sibilante, con un estertor como el que produce una bomba rota, partía de la cama donde yacía un viejo, el padre de la granjera.

Ambos se acercaron y miraron al moribundo, con su mirada plácida y resignada.

El yerno dijo:

—Lo que es ahora, se acabó; no pasa de esta noche.

Callaron. El viejo tenía cerrados los ojos, el rostro terroso, y tan demacrado que parecía de madera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La mujer dijo:

—Desde medio día ronca así.

La boca entreabierta del moribundo dejaba pasar su soplo sofocado y duro, y la sábana de tela gris se levantaba á cada aspiración.

El yerno, después de un largo silencio, afirmó:

—Hay que esperar. No podemos evitarlo. Lo siento por los guisantes capuchinos, porque el tiempo es bueno y mañana no me podré cuidar de ellos.

Su mujer pareció inquieta al oir aquello. Reflexionó unos instantes y declaró:

—Puesto que va á morir, no podemos enterrarle antes del sábado; mañana puedes cuidar de los guisantes.

El labriego meditó y dijo:

—Sí, pero mañana será preciso que invite para el entierro y necesito cinco ó seis horas para ir de Tourville á Manetot á ver á todos los parientes y amigos.

La mujer, después de meditar dos ó tres minutos, declaró:

—Ahora son las tres. Hasta la noche puedes avisar á todos los del lado de Tourville. Ya puedes decir que ha muerto, puesto que va á morir.

Su marido quedó perplejo unos instantes, pesando el pro y el contra de la idea, y luego dijo:

—De todos modos, voy.

Iba á salir; volvió y dijo, después de ligera vacilación:

—Ya que no tienes qué hacer, monda manzanas, cuécelas y haz cuatro docenas de bollos para los que vendrán al entierro, porque algo se ha de comer. Enciende el horno con la hierba que hay bajo el cobertizo. Está seca.

Salió del cuarto, entró en la cocina, sacó un pan de seis libras, cortó una rebanada, recogió en el hueco de la mano las migajas y se las echó á la boca para que nada se perdiera. Luego tomó con la punta del cuchillo un poco de manteca salada que estaba en un tarro de arcilla, la extendió sobre el pan y empezó á comer lentamente, como lo hacía todo.

Atravesó de nuevo el patio, calmó al perro, que ladraba otra vez, salió al camino que pasaba junto á su casa y se alejó con dirección á Tourville.

* * *

Al quedar sola, su mujer se puso á trabajar. Sacó la harina y preparó la pasta para los bollos. La amasaba con cuidado, volviéndola y revolviéndola, aplastándola, redondeándola, laminándola. Luego formó con ella una gran bola de un blanco amarillento y la dejó sobre la mesa.

Entonces fué en busca de las manzanas y, para no dañar el árbol con un palo, se subió á él por medio de un escabel. Escogía con gran cuidado los frutos, para no arrancar sino los maduros, y los amontonaba en el delantal.

Una voz la llamó desde el camino:

—¡Eh! ¡Señora Chicot!

Se volvió. Era un vecino: el tío Osime Favet, el alcalde, que iba á abonar sus tierras y estaba sentado, con las piernas colgantes encima de su carro lleno de estiércol. Se volvió y contestó:

—¿En qué puedo servirle, tío Osime?

—¿Qué tal el padre?

Ella gritó:

—Se está muriendo. El sábado es el entierro, á las siete, porque los guisantes se perderían.

El vecino replicó:

—Bueno. Quede usted con Dios.

—Gracias; con él vaya.

Y volvió á coger manzanas.

Apenas entró en la casa, fué á ver á su padre, al que ya creía difunto. Pero desde la puerta oyó el estertor cansado y monótono, y no queriendo perder tiempo, empezó á preparar los bollos.

Envolvía las manzanas con una delgada capa de pasta y luego las alineaba sobre la mesa. Cuando hubo hecho cuarenta y ocho bolas, dispuestas por docenas, una delante de otra, preparó la cena y puso la olla al fuego para hacer cocer las patatas, pues había pensado que era inútil calentar el horno, ya que le quedaba todo el día siguiente para terminar sus preparativos.

Su marido volvió á las cinco dadas. Apenas hubo pasado el umbral, preguntó:

—¿Se acabó?

—Ella dijo:

—No, aun ronca.

Fueron á verle. El viejo se hallaba en igual estado. Su soplo ronco, regular como el movimiento de un péndulo, no se había acelerado ni acortado. Se oía de segundo en segundo, variando tan sólo de tono, según si entraba ó salía el aire de su pecho.

Su yerno le miró y dijo:

—Morirá sin que lo advirtamos; se apagará como una vela.

Volvieron á la cocina y, sin hablar, empezaron á comer. Cuando hubieron tragado la sopa, comieron una rebanada de pan con manteca, y después de lavados los platos, volvieron al cuarto del agonizante.

La mujer, sosteniendo una lámpara que despedía mucho humo, la paseó por delante de la cara de su padre. A no respirar, tomárasele ya por un cadáver.

La cama del matrimonio estaba oculta en el otro extremo de la habitación, en donde el suelo parecía haberse hundido, pues tenía nivel diferente. Se acostaron sin pronunciar una palabra, apagaron la luz, cerraron los ojos y bien pronto dos ronquidos des-

iguales, uno más profundo, otro más agudo, acompañaron el estertor del moribundo.

Las ratas corrían por el granero.

* * *

Despertó el marido con el alba. Su suegro vivía aún. Despertó á su mujer, alarmado por aquella resistencia del viejo.

—Oye, Eufemia, no quiere morir. ¿Qué harías tú?

Sabía que su mujer era sesuda.

Ella respondió:

—No acabará el día; no hay cuidado. El alcalde no se opondrá á que le entierren mañana, pues lo permitió al morir el tío Renard, que murió durante la siembra.

Quedó convencido su esposo y marché al campo.

Su mujer coció los bollos y luego hizo todo el trabajo de la granja.

A mediodía aun no había muerto el viejo. Los braceros alquilados para plantar los guisantes, entraron á ver al moribundo recalcitrante. Cada cual dijo su frase y luego volvieron al campo.

A las seis, al volver del trabajo, el padre respiraba aún. Su yerno se alarmó de veras.

—¿Qué te parece que hagamos, Fenia?

Tampoco ella sabía qué resolver. Fueron á ver al alcalde. Prometió hacer la vista gorda para que pudiese verificarse el entierro. El delegado de sanidad se comprometió también á dejar que maese Chicot pusiera una fecha atrasada al acta de defunción. El matrimonio quedó tranquilizado.

Se acostaron y durmieron como la víspera, mezclando sus ronquidos sonoros al estertor más débil del viejo.

Cuando despertaron, el viejo aun vivía.

***

Quedaron aterrados. Permanecían en pie junto á la cama del viejo, mirándole con desconfianza, como si hubiese querido jugarles una mala partida, engañarles, contrariarles exprofeso, y sentían, sobre todo, el tiempo que les hacía perder.

El yerno preguntó:

—¿Qué hacemos?

Su mujer, perpleja, dijo:

—¡Es fastidioso!

No era posible ya prevenir á los invitados, que no tardarían en llegar. Resolvieron esperarles y explicar el caso.

A las siete menos diez aparecieron los primeros. Las mujeres, de negro, con un gran velo, afectaban

tristeza. Los hombres embarazados dentro de sus trajes de paño, llegaban de dos en dos, hablando de negocios.

Maese Chicot y su mujer, atortolados, les recibieron gimoteando, y de pronto los dos, en el mismo instante, rompieron á llorar. Explicaron lo sucedido, contaban lo raro del caso, ofrecían sillas, iban de un lado á otro, se excusaban, procuraban demostrar que cualquiera hubiese hecho lo mismo, y charlando de un modo descosido, no dejaban á los otros tiempo de responder.

Iban de uno á otro:

—¿Quién lo había de pensar? ¡Es increíble lo que resiste!

Los invitados, asombrados y un tanto malhumorados como gente que no puede asistir á una ceremonia que esperaban, no sabían qué hacer, estaban sentados ó en pie. Algunos quisieron irse. Maese Chicot les detuvo:

—Vamos á comer un bocado. Habíamos hecho bollos; aprovechémoslos.

Las caras se serenaron al oir aquello. Hablaron en voz baja. El patio se llenaba poco á poco; los que ya sabían la noticia la comunicaban á los recién llegados. Se cuchicheaba; los bollos que veían en perspectiva alegraban á todo el mundo.

Las mujeres entraban para ver al moribundo. Se santiguaban junto á la cama, y mascullando una oración, salían. Los hombres, menos aficionados á tal espectáculo, miraban al campo, por la ventana abierta.

La señora Chicot explicaba la agonía:

—Hace dos días que está igual; ni mejor ni peor. ¿Verdad que parece una bomba cuando no encuentra agua?

*
* *

Cuando todos hubieron visto al agonizante, se pensó en la colación; pero como no cabían todos en la cocina, se sacó la mesa fuera de la casa, junto á la puerta. Las cuatro docenas de bollos, dorados, apetitosos, atraían las miradas hacia las dos fuentes que los contenían. Todos alargaban la mano para coger el suyo, temiendo que no hubiese bastantes. Pero sobraron cuatro.

Maese Chicot, con la boca llena, dijo:

—Si el suegro nos viera nos tendría envidia. Le gustaban mucho en vida.

Un aldeano muy gordo declaró:

—Pues ya no comerá más. A cada cual le llega su vez.

Aquella reflexión, en lugar de entristecer á los

aldeanos, pareció regocijarles. Ahora les tocaba á ellos comer bollos.

La señora Chicot, desolada por el gasto, iba de continuo á la bodega á buscar sidra y los jarros se vaciaban á la carrera. Ahora ya reían, hablaban alto, empezaban á gritar como se grita en las comidas.

De pronto, una vieja que se había quedado junto al moribundo, retenida por el miedo de aquel tremendo misterio que pronto conocería también, sacó la cabeza á la ventana y gritó en voz aguda:

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Todos callaron. Levantáronse las mujeres para ir á ver al difunto.

Había muerto, en efecto. Los hombres se miraban, bajaban la vista, como embarazados. No habían acabado de comer los bollos. ¡Vaya un momento que escogió para morir!

Los Chicot ya no lloraban. Estaban tranquilos; se había acabado. Repetían:

—Ya sabíamos que no podía durar. Si siquiera hubiese muerto esta noche pasada, no produjera tanta molestia.

De todos modos ya todo había acabado. Le enterrarían el lunes, y vuelta á comer bollos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Los invitados se fueron contentos por haber asistido á la muerte y comido un bocado.

Cuando marido y mujer se encontraron solos, frente á frente, ella dijo en tono angustiado:

—Había que cocer cuatro docenas más de bollos. ¡Si hubiese muerto esta noche!

El marido, más resignado, respondió:

—Por fortuna eso no ocurre todos los días.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Inútil belleza	7
La broma	43
En otro tiempo	55
El borracho	65
Mosca	77
La confesión	95
La mano	109
Lo horrible	125
Un parricidio	137
El chiquitín	151
Adiós	165
Tombouctou	177
La Roca de las Urias	195
El viejo	205

NOVÍSIMO

Diccionario Universal de Agricultura

por

J. T. MÜLLER

autor de célebres obras de Agricultura

(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

QUE COMPRENDE

todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agreología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootécnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

Traducido y copiosamente adicionado, en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero, por la Redacción Agrícola Ilustrada

---

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 60 Ptas.

Encuadernada en rica pasta española: **65 pesetas.**